The background of the cover is a circular cross-section of a tree trunk, showing the intricate patterns of its growth rings and radial cracks. The wood is a light tan color. In the center, there is a dark blue square with rounded corners. Inside this square, the author's name is printed in a gold, serif font. Below the name is a horizontal dashed line, and then the title is written in a gold, italicized serif font.

FERNANDO
ARAMBURU

*Autorretrato
sin mí*

TUSQUETS
EDITORES

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

AUTORRETRATO SIN MÍ
SU VIDA Y LA MÍA

I

PAISAJE CON ABEDULES
EL VIEJO
POLVO DE HOMBRE
INVIVENCIAS
VENTANA NEGRA
DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN
EL PIANO DE CECILIA
EL HUECO
LOS AMIGOS
VUELTA A CASA

II

UN VISITANTE DE MI TUMBA
HABITACIÓN
EL NIÑO INTERIOR
HORAS DE SERENIDAD
A PROPÓSITO DEL OLVIDO
CAMPO DE HIERBA
MANZANA
JUNTO A UN SARCÓFAGO
EL HILO
IMÁGENES DE DOCUMENTAL

III

EL MAR
LLAMADA DE LA TIERRA
LAS PALABRAS
RECUENTO
CONCHA DE CARACOL
AGUA FELIZ
SENTIDO DE LA OBRA
MADRE
LA CAMA
YO, MI CUERPO

IV

LA GUAPA
BESO
EL DÍA DE LA PÉRDIDA
FEDERICO GARCÍA LORCA
RÉQUIEM POR EL TIEMPO
LLUVIA
MI ALMA Y MI PERRO
LA LENGUA CASTELLANA
LA VIDA

PÁJAROS

V

LECCIÓN INVOLUNTARIA

LÍNEA DE DESTINO

HOMBRE HUMANO

LIBROS

SOMNOLENCIA

LA BOFETADA DE 1971

LA MEDUSA

EL SUELO DE MI SOLEDAD

MI CARA

HOMBRE PROVISIONAL

VI

EL SABLE

ARGUMENTO

SIDRA

GRUPO CLOC

ESCOMBROS DE AMIGO

MIRLO

A MIS MANOS

CAÍDA DE LA TARDE

DIAGNÓSTICO

LOS OTROS

CRÉDITOS

SINOPSIS

El nuevo libro de Fernando Aramburu, tras *Patria*, no es una novela y tampoco un ensayo: es tal vez el texto más personal y el más comprometido del autor, tal vez el más arriesgado. De lo que no cabe ninguna duda es de que es el más bello. En *Autorretrato sin mí* el lector sospecha que Aramburu habla de sí mismo, pero enseguida sentirá que habla de todos nosotros.

Sus páginas plasman en escenas inolvidables las relaciones familiares, el padre, la madre, el amor, los hijos, los gozos y las angustias con que está hecha la biografía de todos nosotros. Por eso es un libro que debe leerse a sorbos lentos, por eso es un libro que difícilmente va a olvidarse.

Fernando Aramburu

AUTORRETRATO
SIN MÍ

TUSQUETS
EDITORES

AUTORRETRATO SIN MÍ

SU VIDA Y LA MÍA

Habito desde que nací en un hombre llamado Fernando Aramburu. No voy a quejarme. Hay desiertos peores. Este hombre me obliga a madrugar. Se ha ido metiendo en años. Tenía una melena que se le derramaba sobre los hombros. Hoy lleva, llevamos, los pensamientos al aire.

De niños, cenábamos a menudo pescado en la casa familiar. El padre, a un costado de la mesa, se inclina sobre el plato con su pedazo de pan. Yo he visto al padre de este hombre en que habito comer macarrones con pan. Pan con todo. Pan. Él mismo era un pedazo de pan. Y la madre está ahí delante, en un presente perenne. Es buena y lleva delantal. Nuestros alimentos saben sin excepción a modestia. En casa no hay libros, pero ya me voy a encargar yo de que los haya.

Este hombre que me envuelve me hacía leer, siendo yo muchacho, poemas y obras de teatro clásico (Lope, Tirso y demás) en voz alta, a todas horas. Mi madre entraba alarmada en la habitación, convencida de haber traído al mundo un hijo delirante. Me pillaba con Góngora, me pillaba con Rubén Darío. Andando el tiempo, se acostumbró a la presencia del lenguaje literario en el hogar. Mi silencioso padre se limitó a restregarme un pedazo de pan por la frente.

Luego fundamos el Grupo CLOC de Arte y Desarte. El hombre, yo y unos amigos. Pensábamos que, así como se hace literatura con los guijarros de la vida, podíamos hacer la vida con las llamas de la literatura. Albert Camus detuvo nuestras manos prestas a la rotura de cristales. Vivo desde entonces en un paisaje ético. Esto no nos libra del error ni a Aramburu ni a

mí; pero todo, a fin de cuentas, se queda en la casa de la palabra, refugio del abrazo.

Contraí la poesía a edad temprana. La he combatido o, en todo caso, paliado con el humor. Estuvimos largo tiempo sin hablarnos. No la necesito menos que entonces; pero ya no bajo de noche, a oscuras, a proveerme de ella en las galerías del hombre que me abarca. La busco y a veces la encuentro en las páginas que otros escribieron.

Y un día Alemania succionó al hombre que me contiene. Din don, la puerta, una mujer. Es ella. Su sombra tenía la forma de un tren que atraviesa fronteras. Y allá fuimos, viajeros de una sombra hermosa, el hombre y yo. No sabíamos una palabra de vocales largas y breves, de declinaciones y otras intrincadas veredas gramaticales. Nos repartimos como buenos compañeros el amor. El tiempo hizo su parte: transcurrió. Y nosotros la nuestra: procreamos.

Este hombre me hace madrugar para cumplir a diario el sueño de un lejano adolescente que quería ser escritor. Llevamos tanto tiempo juntos que ya no sé si él es yo o yo soy él. Hemos acumulado otoños, libros y una muchedumbre de hojas caídas que forman un suelo de serenidad. Compartimos lo bueno y lo triste. Aún respiramos con los pulmones también compartidos.

I

PAISAJE CON ABEDULES

Mi ventana da a un herbazal que confina con una hilera de abedules. Aquellos árboles acercan la raya del horizonte hasta una distancia no superior a los cien metros. Más mundo no se abarca desde mi ventana.

Los árboles son jóvenes, espigados. Ha transcurrido una docena de años desde que nacieron de un desparramamiento de semillas allá por la época en que vine a vivir a estas latitudes, procedente de un país que hoy queda para mí muy al sur y cuyos habitantes acostumbran considerarse norteños.

La madre de los abedules es aquel árbol viejo, de tronco inclinado, ennegrecido a trechos por costras de liquen. Se yergue un poco aparte, en la linde del campo raso. Alguien desbrozó la parcela por los días de mi venida, ignoro con qué fin. Después la naturaleza se expandió a sus anchas, aprovechando que el hombre se abstuvo de intervenir en la tierra.

Hace cosa de un mes, sin esperar la primera acometida del frío invernal, las aves pasajeras emprendieron el rumbo de cada otoño. Los abedules se conoce que las sintieron marcharse y tomaron precauciones, pues casi a la misma hora comenzaron a despojarse de su follaje amarillo. Se ven, no obstante, aquí y allá unas cuantas hojas secas que persisten en su sitio aguantando las inclemencias del tiempo.

En las ramas peladas se posan de vez en cuando los pájaros del invierno. Los pájaros del invierno son por lo general negros. A mí me da que tienen vocación de solitarios. Siempre van sueltos, silenciosos, sin más entretenimiento, a lo que parece, que no morir de frío. Yo observo cómo avanzan con vuelos cortos o a saltitos, buscando no se sabe qué que por lo

visto no encuentran, pues a los pocos segundos de haberse detenido alzan de nuevo el vuelo con una celeridad propia del que se aleja disgustado.

El cielo de Centroeuropa es, por esta época, de una tristeza aplastante y mi ventana da a ese cielo. Impera el gris sobre las copas mondas de los árboles y sobre unos tejados borrosos que hay a la derecha, con chimeneas humeantes. Un gris apagado, uniforme en su apariencia de suciedad. Un gris sin grandeza, sin altura ni contrastes. Se dijera que le han puesto una tapa al día.

Mi ventana da a la nieve que cae en mansos copos sobre la hierba marchita. Va para una semana que la nevada le arrebató al campo su última brizna de color. El paisaje aparece desde entonces recubierto por una capa de pureza desolada, aquietado en sus cristales gélidos. No hay para el residente de tan inhóspita belleza otro consuelo que el ajeteo en el refugio caldeado. El hombre nórdico, tan pronto como asoma el invierno con sus garras, está condenado al recogimiento en la penumbra, al trabajo perseverante del que sueña, como los pájaros negros que se afanan en los abedules sin hojas, con el regreso de la primavera.

Mi ventana y mi vida dan al norte.

EL VIEJO

Sucedió mientras bajaba una escalera que ahora es triste. Al llegar al recodo entre el piso primero y el bajo, en el descansillo junto a la ventana, me detuve. El hombre estaba a corta distancia, en la calle, con su vejez apoyada en un bastón. Había allí un banco descolorido adosado al muro, a pocos metros delante del portal. También el banco, como el muro, como la escalera, son ahora un decorado personal por el que la tristeza reparte sus arreos.

De camino a la ciudad, bajaba la escalera y sorprendí al hombre en el arduo lance de tomar asiento. A los ochenta y ocho años, acciones sencillas para cualquiera, para él entrañaban ostensible dificultad, por no decir peligro. Durante los últimos meses se había caído en varias ocasiones. Él, que fue; él, que amontonó; él, que subía y bajaba, que manejó herramientas, que respiraba con potencia, se movía últimamente con cautela temblorosa.

Vi que la claridad lo envolvía con respeto, como si lo sujetara tratando de ayudarlo. El día, ancho de cielo azul, populoso de ruidos urbanos, cesó un instante de fluir para cederle al viejo un hueco en su superficie matinal.

Una fecha más había sido agregada a su nombre; un trecho breve, a su pasado ya tan largo y tan cansado, y a su chaqueta débil, unas migas de esperanza con que valerse hasta el siguiente amanecer.

Auxiliado por la luz de la mañana y el bastón, logró sentarse. Mirándolo sin que advirtiese mi presencia tras la ventana, presentí que el cupo de sus días estaba próximo a su cifra postrera. No era nuevo en mí aquel aciago pensamiento. Hacía tiempo que sonaban en su voz, de día en día más pequeña, los susurros de la muerte. Al observarlo desde arriba, entreví en sus

ojos hundidos, en sus huesos pronunciados, al difunto que ya no tardaría en salir de él.

Antes de perderlo para siempre, quise hurtarle a su destino inevitable, que es el destino de todo el que ha nacido, una imagen suya de aquel momento. Entonces, desde la escalera hoy tan triste, sin que se diera cuenta, le hice una fotografía. Semanas más tarde falleció.

Veo ahora a mi padre sentado en aquel banco con la calva encendida por la luz de la mañana.

POLVO DE HOMBRE

A veces, cuando menos lo espero, me viene una vieja urgencia de salir a la calle a congraciarme con mi especie. Procuero meter en los bolsillos unas tiras de sosiego para que no suceda que, puesto un pie en la acera, me eche a llorar a carcajada limpia, me parta de risa bañado en lágrimas.

No soy en tales ocasiones sino sólo un hombre. Un hombre ni más ni menos que dobla la esquina seguido de dos sombras, la que siempre fue con él, la que nunca lo abandona. Un hombre que habla con sus sombras en confianza y de corazón, como hablan los amigos.

Al fin, sentado en un banco, en un pretil, en la terraza de una cafetería, me dedico a observar a los que pasan. Como la ciudad es populosa, pasa de costumbre mucha gente y, mientras miro a los extraños de uno en uno, me pregunto qué hacemos todos aquí, si fue un azar afortunado, si fue una broma atroz, que nos abandonaran en la vida, tan jovencitos e indefensos, cuando no podíamos protestar ni menos resistirnos.

Sentado entre mi sombra triste y mi sombra alborozada, les pido a las dos seriamente que no discutan, que guarden la compostura, que se calmen. Celebremos, les digo, que haya, después de todo, sitio en el día para el muchacho que pasa corriendo con una larga cinta por delante y sitio también, cómo no, para el viejo renqueante, despacioso, que arrastra una larga cinta por detrás.

Para el que se apresura en dirección a una esperanza y vuelve, al cabo de una hora, sonriente, cargado de manzanas.

Para la mujer en cuyo rostro la naturaleza hizo una obra de arte.

Para el que tropieza y cae, es socorrido y se levanta avergonzado, disimulando su dolor.

Para el que va derecho a comerse el mundo e ignora que le falta media espalda.

Para el que es mi hermano por el mero hecho de mirarme.

Para el que es mi hermano por no mirarme siquiera.

Para el que morirá mañana y va silbando.

Para el que ha muerto tantas veces y, no obstante, acude puntual a su trabajo.

Para el que tiene un enorme agujero en el pecho y ama.

Polvoriento de humanidad, abrazo cortésmente a un transeúnte. Le pido después perdón, le doy explicaciones, no vaya a sentirse ofendido. Me sacudo por último las manchas y poco a poco vuelvo a casa agarrado a mis dos sombras, con las manos, como siempre, vacías de respuestas.

INVIVENCIAS

Al término del acto cultural, ocupado en el rito de las firmas, apenas tengo ocasión de parar la mirada en los rostros que se suceden ante la mesa. Por dicho motivo y porque no ceso de implicarme en conversaciones de circunstancias, me había pasado inadvertida la presencia de ella casi al final de la cola. Durante la charla no la he visto debido al público numeroso que se apretaba en la sala.

Reconozco a la mujer de sopetón, cuando, al tenderme su ejemplar, me pregunta si me acuerdo de ella. La sorpresa me impide disimular la turbación, que se prolonga fuera de mí, hasta el temblor de su mano tibia, hasta el tamaño nervioso de sus bellos ojos. Por dentro de mis mejillas arde una brasa. No sentía tal cosa desde la pubertad. Cualquiera que presencie la escena podría preguntarse qué hacen dos personas de más de cincuenta años ruborizándose como adolescentes.

Su voz ha cambiado sin dejar de ser la misma, modulada con serena, con ondeante cadencia que me la vuelve extraña a pesar del dejo borrosamente familiar. Me figuro por un momento que se han abierto unas compuertas a mi lado. Una masa líquida, violenta, de recuerdos, de imágenes y escenas antiguas, derramándose de golpe, se desploma sobre mí.

Intento discernir, entre los signos patentes de la edad, aquellas facciones plenas de gracia femenina, de hermosura intacta, juvenil, por las que un amor intenso me sonrió durante una no breve temporada. Median tres décadas desde la última vez que besé esos labios, tan cercanos de nuevo y, sin embargo, tan otros, tan no míos, cubiertos de una capa de coquetería rosada

que a duras penas oculta el perdido frescor.

Desde entonces no la había vuelto a ver. Una vez, alguien, seguramente un amigo de los viejos tiempos, la mencionó; pero ya no recuerdo cuándo ni qué dijo. En nuestros días de pasión física, ella y yo hablábamos a menudo de un porvenir compartido que luego no se consumó, pues éramos jóvenes, demasiado jóvenes, y yo, inmaduro hijo del ansia, sacudido de obsesiones, ignorante e inquieto, soñaba con salir al mundo y perderme en sus prometedoras lejanías.

El encuentro dura poco más de lo que tardo en trazar una dedicatoria que en vano quisiera menos convencional. Las bocas inseguras intercambian unas cuantas frases forzadas y al fin un beso, un mero roce de mejillas, sella un adiós con toda probabilidad definitivo.

Por encima de las últimas cabezas arracimadas ante la mesa, la observo mientras se aleja en dirección a la salida con su elegante atuendo y su bolso de señora. Fijos los ojos en su espalda, me invade una sensación dolorosa de tiempo para siempre ido.

En esto, a cinco o seis pasos, sabiéndose tal vez mirada, vuelve el rostro. Veo entonces, asomado al hondo fulgor de sus ojos, retozar a los hijos comunes que no nacieron. Los veo con sus nombres, su pelo crespo y sus pequeñas manos blancas sobre una alfombra que se extiende por el suelo de una casa para mí desconocida.

Veo una mesa con mantel de niebla, con vasos y copas de los que nunca bebí, con alimentos que nunca probé, y, sentada a la mesa, gente extraña que me revela sus inquietudes, me formula preguntas confidenciales, me pide el cestillo del pan.

Veo una cama donde ni he gozado ni he dormido. Veo lágrimas jamás lloradas. Oigo bromas, gritos, risotadas y reproches jamás proferidos. Llego a ciudades que me consta no haber visitado. Asisto a funerales por difuntos que no existieron. Agradezco regalos que no recibí.

Se fue la mujer; con ella, su mirada y, con su mirada, la entrevista serie inabarcable de aciertos y yerros, venturas y desventuras, previsiones y azares, que habrían podido determinar el rumbo de mi vida. Nadie puede guardar memoria ni acaso arrepentirse de lo que no le sucedió.

Infinito es el número de las bifurcaciones, pero a la postre el trayecto es sólo uno.

VENTANA NEGRA

Ya otras veces, como hoy, un sobresalto me arranca del sueño a altas horas de la noche. Me he asomado a la ventana en busca de sosiego. Debe de haber nubes, pues no se divisa en la altura un solo punto luminoso. No menos negro está el campo, de forma que, acodado en el antepecho, aprieto en el puño, contemplo, aspiro oscuridad. Me miro las manos y no las veo.

Ante mis ojos, inútilmente abiertos, se extiende la noche profunda, la noche vacía, el negro definitivo donde todo lo que alienta, tarde o temprano, se deshace. Mi corazón bombea miedo y el miedo laborioso transporta oxígeno hasta las células más recónditas. Pero yo, que acaso haya aprendido pocas cosas, sé que no consto sólo de miedo, que hay espacio en mí para la gratitud y hay momentos en mí para la paz, y que, puesto a hacer la suma completa, estoy a buenas con la vida.

Podría encender la lámpara del cuarto, acogerme como insecto nocturno al brillo de una ilusión, a la promesa de una claridad que no se acaba nunca. Podría olvidarme en utopías y ambiciones. O al modo de tantos de mis semejantes, podría suponer que me aguarda un campo azul detrás del tiempo, y jurar que lo he visto y arrodillarme, transido de mentira, ante unos ornamentos de yeso o de madera.

Grande es la noche, negra y sin consuelo. Y yo, que soy apenas un palito de carne, unos pensamientos ateridos junto a una ventana, quisiera al menos abarcar en mi breve duración, en mi ridículo tamaño, un poco de verdad para conmigo. Eso me basta, con eso me conformo, y tal vez más tarde, mañana o al siguiente, compartirla y no estar solo.

Envuelto en la oscuridad, me sobreviene, sin poderlo evitar, un arqueo de los labios. Ya no tardará en amanecer. Tiemblo de frío; pero las primeras luces del alba, me lo he propuesto, han de pillarme sonriendo aunque sea lo último que haga.

DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN

Vuelvo a ti la mirada desde la ventanilla de un tren que acaba de ponerse en marcha la mañana en que te dejo. Soy joven en aquellas postrimerías estivales, años ochenta, así que mejor no esperes de mí una lágrima, una palabra de agradecimiento, o que empiece a juntar, enfermo de atardeceres, el montoncito de conchas rotas.

Dudo que te pertenezca más que un pájaro a su nido primero. Ni te elegí, ni me elegiste, y lo mismo que determiné dejarte, aceptaste tú que te dejara.

Te miro al partir a través del cristal que nos separa. Sin habernos perdido de vista, ya somos un poco ajenos el uno para el otro. Estás engalanada con tu azul matinal, tus fachadas elegantes, tu hierba y tus flores, como dándome a entender que adondequiera que me lleven mis impulsos no hallaré ni la cuarta parte de tu excelencia urbana.

¿Por qué me voy? Lejos de ti me espera lo que no supiste darme, no flores ni hierba, sino un ser excepcional junto al que asentar los fundamentos principales de mi vida.

Algo tuyo, porque te guardo aprecio sin caer en el fervor localista, deseé llevarme en los ojos. Una imagen última que me acompañase en las meditaciones del camino. La gaviota aquella posada en un tejado. Quizá un perfil conocido, entrevisto, cuando el tren ya había tomado velocidad, en una calle cualquiera de un barrio periférico.

En el piso del arrabal quedaron la madre llorosa, el padre taciturno, el olor familiar de la cocina, las cansinas campanadas del reloj y, con todos ellos, la infancia que en ti quemé, corriendo y brincando entre modestas

felicidades, y no pocas brasas de la juventud, ya casi consumidas.

Los viejos amigos, arracimados en la taberna, de vez en cuando se acordarán de olvidarme. Me olvidarán los vecinos y parientes que se irán borrando en inexorable goteo de defunciones. Me olvidará el mar que tanto me quería. Y al fin no serán menos negros ni menos hondos los huecos de mi memoria.

El tren entró después en un túnel del que todavía, transcurridos los años, ignoro si ha salido.

EL PIANO DE CECILIA

En la sala, arrimado a la pared, está el piano. Lo envuelve, en variables cantidades de nostalgia, un silencio flotante similar a un gas.

Es el suyo de estos días de nubes y ausencias un silencio tan silencioso, tan obstinado en callar, que corta un poco la respiración. Un silencio que a fuerza de ser íntimo suena; pero suena sin sonar como ahoga sin ahogar, ahogando, eso sí, lo suficiente para que a su lado se escuchen los sonidos de no se sabe qué dolor.

Años atrás, recorrían sus teclas los dedos finos, adolescentes, de mi hija. Iban y venían unos pájaros de música por la alegría de la casa, y a veces, con los morados últimos de la tarde, a la vuelta del trabajo, las notas aleteantes salían a mi encuentro hasta los arbustos de la esquina.

Evoco en estos días de árboles amarillos, de aguacero perlado en los cristales, a la niña sentada en el banco con la espalda recta por la que se derrama una melena. Las líneas melódicas que nacen en la partitura entran en sus ojos y, atravesando su delgada adolescencia, bajan después por dentro de los brazos y las manos hasta transmitirse, desde las ágiles yemas de sus dedos, al mecanismo enorme del piano.

Dio la niña en mujer como da el sábado en domingo, el ala en altura y el pájaro entero en su horizonte remoto, y con sus manos todas, sin olvidar un dedo, y con su melena y su capacidad de sonreír y respirar se fue a conocer de cerca su destino.

No queda ahora nadie en la casa que haga sonar el piano. La tapa permanece cerrada. Sobre la repisa superior se murió, como un abuelo viejo,

el metrónomo, y se murieron de lo mismo las amontonadas partituras.

El resto de la familia tan sólo repara en el piano cuando llega el tiempo de quitarle el polvo. Cada cual escucha entonces su silencio. Si me toca a mí pasar la bayeta, aprovechando que nadie me ve, hago gestos de aprobación, aplaudo un poco.

EL HUECO

Se está posando en la mañana el hueco. Ya se agranda. Ya me va a desalojar de mí, de mi sombra, mi vestimenta, mis facciones. Ya hay que vivirlo hasta dondequiera que tenga el fondo.

Abro la mano y es inútil no mirar. En el centro de la palma se abre el hueco. El hueco sin forma, sin color, sin ganas ya de nada. Lo miro porque lo tengo que mirar, porque es imposible hacer otra cosa que mirarlo.

Podría yacer en el agua sin hundirme. Podría entrar en la carpa del circo y ponerlos a todos a llorar, al niño y al caramelo, al mago y al trapecio. Podría ofrecerme de comida al tigre y lo dejaría al pobre aún con más hambre.

Con mis últimas fuerzas me arranco la camisa y ahí está, en el lugar del corazón, enorme, oscuro, el hueco. Por él me atraviesa el viento del pecho a la espalda, de la espalda al pecho, sin arrastrar siquiera unas pocas hojas que me permitan camuflarme en el otoño.

Vuelco libros dentro del hueco y no lo lleno.

Vuelco música y la acalla.

Vuelco ángeles, caballos, argumentos, y el hueco se me sube por los hombros; se adueña de mi nombre; me expulsa, despiadado, de mi cara.

Yo, la verdad, no sé qué hacer. Hoy manda el hueco. Hoy no soy nada.

LOS AMIGOS

Seres humanos cuya mirada me limpia. Se caracterizan por desprender un olor afectuoso. El afecto les confiere una nitidez especial que los precede y los sigue. Dicha nitidez aclara también sus flancos, su nombre, sus palabras, y me acompaña cuando ellos ya no están.

Son lo contrario de la roca dura. Son el envés del espino. Son lo opuesto del metal cortante.

Me complace pensar en ellos como en esponjas con forma humana donde uno es acogido y envuelto blandamente. Sus adjetivos brotan llanos, sin púas, de la sonrisa. No se alimentan de las espaldas de los ausentes.

Llega de pronto uno. Abarco su volumen cordial entre los brazos. Me incluye entre los suyos. Pecho con pecho, en su aceptación, en la cercanía que me concede, borro mis nubes interiores. De paso les impongo un amanecer a mis noches diurnas, mientras disuelvo gustosamente en la alegría mis pequeñas y defectuosas dimensiones fraternales.

Apenas entablamos conversación, el lenguaje, cachorro alborozado, se arranca a retozar en torno nuestro. Partimos, como si fuera pan, en dos la luz del día. Yo lo invito a un pájaro. Él me invita al temblor de una rama. Le pregunto por el mar, al que va para largo tiempo que no veo. Me pide que transmita recuerdos a la nieve, de quien se acuerda con nostalgia.

Luego de habernos despedido, me doy la vuelta para verlo marchar. Compruebo entonces que la mitad de mí se va con él, que la mitad de él está conmigo.

VUELTA A CASA

He abierto la puerta que llevaba a ti hasta hace poco. Entro en el olor humilde de la casa, en la penumbra familiar, en el abrazo de la madre, que es el calor más antiguo de mi vida. Entro por último, de frente, en la propiedad definitiva del aire que es tu ausencia.

No estás, padre, y casi te abarco entre mis brazos, movido por la vieja costumbre del afecto. No estás ahí, donde solías, en la silla de siempre, y casi se me escapa preguntarte cómo estás, inducido por una obstinada resistencia a aceptar tu muerte.

El día entero me lo paso devolviéndote a la vida, donde yo te quise, donde tú me quisiste, detenidos los dos a orillas de un río con islas alegres, superior tú a mí en las cualidades que hoy son aquella lección valiosa que sin palabras me diste: el humor, la bondad, la mano que no vacila en el movimiento generoso.

¿Qué haces ahí? ¿No te habías muerto como muere todo lo que un día se puso en pie sobre la tierra? Después de tu mañana última te prolongas en las cosas que en vida utilizaste. En mi muñeca giran las agujas del reloj que marcaron tus horas y ahora marcan, con idéntica impiedad, las mías. Veo un vaso y te veo beber. Veo tu cama y de pronto me da como un temor a despertarte.

Luego pienso que es inútil el sigilo, que en realidad he vuelto a casa a despertarte, a echarme unas risas a tu lado. Superflua la cautela, pronuncio en voz alta tu nombre como si llamara desde lejos y, al salir del cuarto, resignado a tu silencio, noto que el aire me da en la espalda una palmada

como aquellas que tú me dabas.

II

UN VISITANTE DE MI TUMBA

Es la mañana o es la tarde, no creo que la noche. Una persona se ha parado ante mi tumba. Hombre o mujer, le supongo un rostro, un atuendo, la incierta provisión de días por vivir. Acaso turbe a esa persona por un instante el negro pensamiento de que podría estar ocupando mi espacio. Le supongo un rápido alivio al comprobar que no es así. Le supongo también el temor a que tarde o temprano se cumplirá en ella lo que nunca deja de cumplirse.

Ignoro si el visitante me conoció cuando me era dado respirar entre los vivos; si le hablaron de mí, de un ser humano defectuoso como todos que gustó de ejercer la imaginación por escrito; o si un azar trivial lo ha inducido a detener la mirada en el nombre cincelado en la piedra.

Pudiera ser que le despierte compasión la demostrable certeza de que no quedan, en la reducida y modesta oscuridad que me comprende, sino unos pocos despojos minerales de cuanto allá en el tiempo hizo de mí un cuerpo que se movía convencido de estar separado de la tierra.

Si yo le pudiera contar, ay, si yo pudiera decirle hasta qué punto no hay misterio, ni castigo, ni recompensa, en nuestro retorno a la materia inerte. Que lo raro es vivir, figurarse la eternidad, estrenar una camisa. Que la alegría y el dolor, la música y la tarde, están en su lado y eso es todo. Que nada, en fin, lo distingue del suelo que todavía lo sostiene.

Ardua es su tarea no elegida de existir; pero en su mano está dotarla de sentido si a la vida general agrega unas briznas de conocimiento y hermosura con esfuerzo generoso; si multiplica y comparte, no pidiendo nada a cambio, los dones gratuitamente recibidos.

Hacerme oír es imposible ni tal vez interese al visitante la opinión de un pobre muerto. Quienquiera que sea, pasado un rato, se aleja de mi tumba arrastrando sus esperanzas como una ristra de latas por las sendas del cementerio.

No sabría yo decir cuál de los dos se apiada más del otro.

HABITACIÓN

Entrando muy adentro de mi pecho está la habitación. Al término del día, antes de dormir, vengo de frente o bien, de retirada, por la espalda, y me recojo unos instantes a la soledad del pequeño recinto.

Vengo, como de costumbre, a pedirme cuentas. Vengo a decirme la verdad. Vengo a sostenerme la mirada si es posible.

Apenas hay luz en la habitación. Si logro distinguir el suelo, las paredes desnudas, es debido a la tenue claridad que llega desde fuera. Sobre todo en los días mal plegados no veo nada y entonces, si me aventuro a ciegas pecho adentro, corro el peligro de golpearme la cabeza.

Según se entra, a un lado, está palpita que palpita el tozudo corazón; pero eso le ocurre a cualquiera. El corazón atiende a su ritmo y a su baile, sin hacerme caso. Es la única cosa parecida a un adorno que se ve en la habitación.

Yo vengo en busca de un pedazo de cristal, resto tal vez de un espejo que se rompió. Tentando el suelo, tarde o temprano doy con él y lo levanto. Su tamaño alcanza para abarcar mis ojos solamente. Me miro y sé lo duro y lo humillante que es mirarse algunos días en el reproche del reflejo. Salgo entonces de mí corrido y apenado, con los pensamientos atados de cualquier modo a los tobillos. En ocasiones de mejor fortuna, subida la escalera cotidiana sin torcer los pasos, me obsequio con un instante de mirada absolutoria.

Abandonada la habitación, ya se ha hecho tarde una vez más. Me acuesto sin demora y por la mañana, de camino a mis obligaciones, saludo a estos

pájaros y a aquellos hombres, mientras caliento una piedrecilla en la palma de la mano.

En líneas generales, acierto y me equivoco. En líneas generales, me equivoco y acierto, y los años van pasando. A veces me equivoco mucho. A veces, la verdad, no acierto nada.

EL NIÑO INTERIOR

No pasa un día sin que me haga notar su presencia escondida. Voy por la calle, cruzo un puente, me paro a respirar con los ojos cerrados el olor matinal de la panadería y siento de repente que él se agita en el fondo de mi edad; que, jovial y travieso, golpea con sus manos tiernas en mis paredes interiores; que grita, se ríe y trata de saltar a toda costa afuera del hombre que lo envuelve.

Tan pronto me despierta a medianoche, acometido del antojo de que lo lleve de la mano a ver el mar, como me suplanta en la conversación con personas adultas por él desconocidas, poniéndome en ridículo. Para, le digo. Estate quieto. Pero no hay forma de que me haga caso.

Cuando más atareado estoy, cuando más de frente arrecian los problemas, me pregunta si le puedo traer una rama del bosque. Enreda en mis tribulaciones como en una caja de hilos. Me convence, en fin, para que en plena desesperación pise un charco.

Otros días soy yo quien lo añora y va en su busca, preocupado porque su silencio dura más de lo habitual. Me concome entonces el temor de que se haya ido para siempre, dejándome por dentro a oscuras.

Por suerte sé dónde encontrarlo. En los sabores dulces. Ahí está seguro; de ahí, como si dijéramos, le viene su incontenible propensión a la felicidad.

Lo recreo también en la hierba sobre la que echo a correr con todas mis fuerzas menguantes, sin más propósito que sentir el viento en la cara. O aquí al lado, hace ya tanto tiempo, en las páginas dormidas de mis primeros libros, que abro con tiento para que no se sobresalte.

Le tengo dicho que, si la vida me depara otro cesto de días, no seré el último Fernando, que más afuera el siguiente se hará cargo del nombre y las fatigas, hasta crecer sobre todos nosotros como la capa exterior de la cebolla crece sobre las anteriores y su centro.

A resguardo de la intemperie, podríamos entonces él y yo pasar las horas entregados al juego y la alegría, retozando desde la mañana hasta la noche en los interminables pasillos de la memoria.

HORAS DE SERENIDAD

Salvo que medie un disgusto o me horade con su dedo afilado una dolencia, al declinar la tarde llegan mis horas favoritas, previas al reposo nocturno. Cumplidas las tareas del día, la casa sosegada, me retiro a la soledad del cuarto y, acomodado en un asiento sencillo, me consagro hasta la medianoche al ejercicio deleitoso de la lectura.

A mi derecha, sobre una mesa baja de tablero circular, están la lámpara, el cuaderno de anotaciones, tal vez un diccionario si el libro que entretiene mis ocios fue escrito en un idioma que no domino enteramente, y de vez en cuando, llevado por mi inclinación a los placeres apacibles, un vaso con una sabia cantidad de vino.

No necesito más, y aun eso es mucho, para estar a buenas con la modesta y torcida sombra que proyecta sobre el suelo. Poco a poco la ventana ennegrece, la noche encierra en su cajón oscuro los paisajes y es entonces, a solas en mi reclusión voluntaria, ya no joven, cuando me entrego a la tranquila felicidad del libro abierto.

En los vocablos ordenados con mayor o menor pericia por un hombre a quien ni siquiera conozco personalmente, por una mujer que quizá ya no vive, busco porciones de profundidad que procuren espacios nuevos a mi defectuoso entendimiento. Busco un poco de música verbal que me consuele y emocione. Busco, en fin, aquellas invenciones curiosas, intensas, divertidas, dramáticas, que, ideadas por un escritor de genio y revividas por un lector atento, continúan significando en unas páginas.

Horas gratas, horas de serenidad, que generosamente deparan a un

hombre el aliciente de una aventura en su crepúsculo. Una prosa que acierta a fluir con maestría, en la que se aúnan la naturalidad, la perspicacia, la elegancia. Unos versos finos como hilos de cristal que pronuncio con cuidado, en voz baja, para que no se rompan. No se me ocurre con qué mayores dones podría despedirme el día.

Y así, no es raro que en el momento de entregarme a la noche acuda a mi garganta una honda sensación de agradecimiento. Extinguida por fin la luz, todavía admirado, acaso conmovido, me parece percibir en la oscuridad del cuarto, mientras espero que me venza el sueño, el olor literario del papel.

A PROPÓSITO DEL OLVIDO

Recuerdo, a propósito del olvido, diversas tardes lejanas. Por ejemplo, aquella veraniega en que el niño que yo fui está sentado frente al mar con una pala de plástico. Hago un montón de arena al que llamo montaña. Conforme crece la montaña más hondo es, a un costado, el agujero del que extraigo la arena. A pesar de mi candor he sabido colocarme de tal modo que, cuando llegan las olas, una lengua de agua lame blandamente el pie de la montaña, sin destruirla, al tiempo que un pequeño chorro se vierte en el agujero.

Cada vez que tal cosa ocurre experimento placer. Este placer consiste, ahora me doy cuenta, en una sucesión de diminutas plenitudes. A cada instante, una expectativa se cumple con una especie de perfección que me cosquillea por dentro. La escena se ritualiza a fuerza de repetirse sin apenas variaciones: la ola que se curva sobre sí misma, que emite al romperse un rumor siseante de espuma, que avanza después hacia la orilla con impulso decreciente y, en el límite de su alargamiento, antes de iniciar el retroceso, roza la montaña de arena, deposita una inapreciable cantidad de agua en el charco que se ha ido formando poco a poco en el fondo del agujero. Al cabo de un rato, la pleamar lanza una ola más rápida, más impetuosa que las anteriores. Entonces se acaban de golpe el agujero y la montaña. Lejos de desanimarme, me coloco unos pasos más atrás y comienzo la obra de nuevo.

Con idéntica tenacidad, con las mismas breves esperanzas, he sido después, hasta la fecha, un hombre entregado al arte laborioso (que es oficio y es pasión y es juego) de expresarse por escrito. Sé desde la niñez que nada humano perdura. Más pronto o más tarde, cuanto uno ha construido lo

arrastrarán las olas del tiempo. Hoy son las palabras la arena que remuevo. Hoy la vasta dimensión marina que se extiende ante mí, donde todo a la postre se disgrega, es el olvido que aguarda imperturbable. No conozco montaña menos consistente que el propósito de persistir en la memoria ajena ni eternidad más corta que prolongarse en el nombre cincelado sobre una piedra. Y, no obstante saberme percedero, no hay día en que no reanude la tarea con la obstinación gozosa del niño que escarbaba feliz, feliz de ser feliz, de levantar un montón alegre de arena con su pala.

CAMPO DE HIERBA

Yacen en mí con sus caras de antaño, cuando miraban el reloj y decían: Mañana untaré esos panes con futuro. A fuerza de mañanas se les acabó el pan y se les acabó el futuro, y yo les llevo, por no ir a su presencia con las manos vacías, los pocos números que me van quedando.

Viven en mí, en el espacio intercostal donde guardo las viejas heridas. Viven todos con la muerte que les manchó la solapa, que les puso el ojo opaco, con su muerte definitiva que no hay quien lave.

Los visito de vez en cuando en este cementerio que me ha ido creciendo en la nostalgia. Tras la verja empieza la hierba del pasado y sobre la hierba los pongo derechos de uno en uno.

Levanto esta tarde a mi tío Basilio Nebreda, que me enseñó las reglas del ajedrez. Levanto su diente de oro, su humanidad cetrina y delgada y aquella especie de tristeza silenciosa que lo hacía misterioso. De nuevo me paro a contemplar los lomos de sus libros. A él le debo lecturas felices en la adolescencia y algunas sabidurías que he olvidado.

Levanto a mi abuela Ascensión Ayerra, antigua como un siglo carcomido. Desde su lecho último, perdida el habla, agarra otra vez con vehemencia mi mano infantil y balbucea unos ruidos efusivos porque, según dicen, veía en mí los rasgos de su difunto esposo.

Levanto a mi abuela Juana Goicoechea, robusta, grande, de luto. La pongo a mirar en el televisor de la cocina una corrida de toros en blanco y negro, y ella me obsequia con la moneda de costumbre para que no deje de visitarla.

Levanto a mi prima Marisa Rica. La ayudo a buscar sus pulmones. Los busca debajo de la almohada, debajo del colchón, y no aparecen y yo no me atrevo a decirle que sus pulmones son aquellos pájaros que se alejan por el aire.

Camino sobre la hierba saludando a cuantos veo. Son tantos que no me alcanzan los números para todos. Me recorro al fin de una punta a otra y llego, encorvado de pena, a la tapia del fondo. Allí levanto a mi padre, que ya me estaba esperando.

MANZANA

Compañera de la escritura, la manzana matutina.

A veces, tantas veces, entre las nueve y las diez, pesa en los párpados la noche mal dormida. Los dedos de las manos se muestran perezosos. Miro entonces con ojos soñolientos la humilde, la pacífica manzana que reposa junto a una pila de libros, sobre el escritorio. Al modo de quien culmina una labor primorosa, la claridad aún joven del día le pone un destello en su piel tersa, recién lavada. A un lado, los tonos verdes y amarillos se reparten en buena avenencia su redondez irregular; al otro, el rojo encendido, obra del sol paciente, reclama para sí toda una mejilla.

Tomo la manzana, de tamaño proporcionado a la mano, y la muerdo en su rubor crujiente. El rito se repite cada día, más o menos a la misma hora, por motivos que nada tienen que ver con la nutrición. En todas ellas percibo, antes que su sabor, una disimulada resistencia a darse. Todo lo contrario de la naranja que, desnuda de su cáscara, se entrega al sacrificio jugosa desde el comienzo. O de la ciruela, con la que conviene tener cuidado para que, en su afán de atravesar entera y rápida la boca, no nos atore con el hueso la garganta. La manzana, en cambio, tiene sus puntas de orgullo y es más hermética, más callada en sus aromas, que no le faltan cuando quiere. Ofendida por el mordisco, cortada o golpeada, la manzana ya no quiere sino desistir en su existencia de manzana, y oxidarse y corromperse cuanto antes.

A mí, la verdad, a estas horas no me apetece hincarle el diente. Preferiría volver a la placidez de la cama, pero el trabajo no perdona. Busco entonces que la manzana me euforice y que, bocado a bocado, me saque del marasmo

a que la fatiga me condena. El prodigio acontece tan pronto como el jugo agridulce esparce su onda intensa dentro de la boca. El efecto es inmediato. Empieza con una sacudida de frescor que, extendiéndose desde el paladar, se comunica al resto del cuerpo y me despeja. Al instante bullen en el cerebro repentinas ocurrencias; los párpados se revisten de agilidad; la espalda se estira y los dedos cumplen con saltarina prontitud la tarea de trasladar al papel o a la pantalla las frases que les llegan sin descanso. Siguen veinte o treinta minutos altamente productivos. Y todo gracias a una humilde y pacífica compañera de escritura, la manzana matutina.

JUNTO A UN SARCÓFAGO

La foto, ahora con su viejo marco de madera, fue tomada por los días de tu primera estancia en Alemania. Es el otoño de 1983. Dan ganas de felicitarte. Con valentía ingenua, con la ciega resolución de quien no repara en las posibles consecuencias, has decidido abandonar tu tierra y tu gente, y con ellas la eventualidad de una carrera profesional y las comodidades que se pudieran derivar de un sueldo, a cambio de la mujer a quien seguiste hasta estas frías latitudes. Eres por entonces un joven de veinticuatro años, sin oficio ni dinero. Tienes, eso sí, salud, melena, libertad y un corazón que late al ritmo de tus impulsos.

Esos y otros dones no impiden que muestres en la imagen un semblante caviloso. La espalda recostada contra un vetusto sarcófago de piedra renegrida, en el Bartholomäusfriedhof de Gotinga, y la mirada fija en el suelo cuajado de hojas secas, te preguntas por los lances dichosos o infortunados que habrá de depararte la vida en este país que no es el tuyo y en el que, recién llegado, conoces a pocas personas cuyo arduo idioma malamente balbuceas por aquellos días.

De entonces acá han transcurrido más años de los que tenías en aquella luminosa mañana otoñal. Hizo, como puedes suponer, el tiempo también en tu obra y aquí está contigo el que serás para contarte, si me haces un sitio a tu costado, junto al sarcófago, los sucesos menos irrelevantes de tu futuro. Que perdieses el vigor físico, además de la melena, y que un día acabaras anteponiendo la serenidad al riesgo no puede sorprenderte, por cuanto es ley natural, incluso por hombres de medio juicio conocida, que tarde o temprano

lo inevitable ocurra.

Hasta hoy (me está esperando a la vuelta de la esquina) permanecerás con la mujer, sin la cual tu vida entera, créeme, no tendría más consistencia que el barro seco. El día no ha llegado en que termine de darte las gracias por que atendieras a la voz de tu deseo y subieses, sin más equipaje que una liviana maleta y tu instinto de muchacho enamorado, al tren que conducía a todos estos años junto a ella.

Has de saber que tus horas estarán pobladas de rostros infantiles, puesto que serás padre y serás maestro de tu lengua materna en ciudades tranquilas de provincia. Aprenderás a costa de fatigosa pero placentera constancia a expresar tus pensamientos con declinaciones, con vocales largas y breves, con enrevesadas construcciones verbales, en el idioma que desemboca en Goethe, en Kafka, en Fontane, a quienes leerás con cercanía. En tu soledad escogida consumirás aquel sueño adolescente de consagrarte a la escritura. Tendrás amigos que aún no conoces; pasearás con un perro entre los árboles; cultivarás amapolas, peonías y, de vez en cuando, el musgo de la nostalgia. Serás yo, mal que te pese.

EL HILO

Constato una plenitud. Está en el aire, ofrecida, abierta, la belleza. No es tiempo de definiciones, de estudios, de notas al pie de página. Constato y siento. Ni siquiera me concedo un margen para la aprobación. Constato solamente. Después, cuando se haya disuelto esa dulce presencia, ya pensaré, expondré los criterios, mostraré las cáscaras del gozo.

Viene a veces la belleza envuelta en unas cintas melódicas, fortuita como la disposición de las estrellas. Tensa dentro de mí el hilo sin el cual no habría lugar a la delicia. En el oído lo encuentra, lo pone a vibrar y yo contengo la respiración absorto en la maravilla del instante.

Otras veces, de puro tenue, no permite a nadie que la nombre o es tan poderosa en su resplandor que duele mirarla.

Ahí está de nuevo. Su esmalte prodigioso cubre los signos que suenan y significan intensamente en una página. Y cierro los ojos y allí, hondo, a la sombra del corazón, comunica su breve éxtasis el hilo tenso.

Ocurre, cuando menos lo espero, que estoy y que no estoy, mientras contemplo la gracia plena de un rostro humano. Otro día, de pronto, la risa de unos niños me ahoga de felicidad en medio de la calle. Levanto una taza primorosa, llevo a los labios el beso líquido del vino, huelo el toque fragante de un cuello amado.

Y el hilo vibra, no sé dónde, vibra, lo constato, y se me entra hasta el final de los finales, sin que lo pueda ni lo quiera remediar, dándole a mi vida un fragmento de perfección, el polvillo dorado de la belleza.

IMÁGENES DE DOCUMENTAL

He reconocido la acera al instante, y eso que en la pantalla no se ve sino parte de un cuadrado de baldosines blancos cruzado por una franja de baldosines oscuros.

La imagen, un primer plano que no permite la ubicación exacta del sitio, corresponde a una calle céntrica de mi ciudad natal, allá por el ochenta y tantos. La sitúo en el paseo junto al río, por ejemplo, o en ese otro que bordea la playa, motivo frecuente de postales y de folletos para turistas.

Por ella camina de costumbre la gente ociosa, el paso placentero, la estación benigna, el cochecito del bebé.

Una acera de baldosines acaso costosos, reservados por el presupuesto municipal para las vías públicas de postín.

En las tardes templadas es una delicia caminar cerca del rumor de las olas. El sol se detiene un momento, en difícil equilibrio, sobre la raya azul del horizonte; el aire urbano huele a mar y cualquiera juraría, por el gesto de satisfacción de los transeúntes, que el mundo no está lejos de parecer el paraíso.

Añadiré, no obstante, que en la acera mostrada en el documental, sobre los baldosines blancos y sobre unos pocos de los negros, se extiende una mancha de sangre. Un hombre ha sido asesinado. Su nombre, su edad, su profesión, la viuda llorosa y el político que ensaya junto al micrófono una variante a su fórmula habitual de condolencia y repulsa para no repetirse. El otro político que, humano como el mármol, supedita la vida a una abstracción.

Se conoce que antes de llegar las cámaras, el hombre ya ha sido retirado del lugar de su muerte. No le han dejado ni la sábana compasiva que lo cubría. Se lo han llevado, adiós, uno menos. En la acera por la que caminaba, erguido, respirando a pleno pulmón el último minuto de su vida, sólo queda la mancha de sangre.

¿Por qué le han disparado? Es que no era exactamente un hombre. A ver si nos entendemos. Era un objetivo, una legaña molesta en el ojo de una utopía.

Aparece en la pantalla un funcionario del ayuntamiento accionando una manguera. El chorro potente arrastra la mancha colorada hacia el sumidero. La sangre y el agua se confunden formando una espuma levemente rosada.

Secuencias después, la acera presenta un aspecto limpio. Los baldosines, mojados, relucientes, parecen nuevos. Por el lugar donde horas antes un hombre murió a tiros, donde se vació de sangre y dejó de golpe huérfanos y viuda, van y vienen como todos los días los transeúntes.

III

EL MAR

Tu compañía perdurable, tu poderosa hermosura despojada de adorno, tus vastas y azules dimensiones. Antes de conocer tu nombre, de darte forma con los ojos de un niño, al poco de nacer en la ciudad costera te respiraba y te sentía. Crecí a tu lado. Me viste amar y aborrecer. Me viste caer y levantarme. Allí estabas a todas horas con tu horizonte liso en lontananza, con tus furias espumosas, tus vaivenes, tus salpicaduras, tu luz deshecha en móviles reflejos. Quieto nunca y nunca distinto. Perdona que incurra ahora en la fatuidad de reducirte a mi tamaño como si fuéramos iguales, como si estuviéramos destinados a durar lo mismo. Perdona que vea en ti, aunque tú de esto nada sepas, una especie de pariente grande, un agua paternal, innumerable.

En mi edad temprana me guiabas con frecuencia por el laberinto urbano. Bastaba tu olor salado entre las casas; el rumor, allá abajo, de tus olas al romper contra las piedras, para adquirir certeza de tu cercanía. Y entonces, sin necesidad de verte, asido a la mano de tu adivinada presencia, lograba orientar con acierto mis menudos pasos infantiles, seguro de que no había cosa ni sitio en la ciudad a los que no correspondiese una posición exacta respecto a ti.

En días cálidos de verano y en algunas noches de desnuda juventud, gusté, junto con otros cuerpos alegres, del fresco deleite de adentrarme en tu dominio. Pudiendo mostrarte despiadado, aceptabas la dicha de aquellos torpes imitadores de tus peces a los que habrías podido destruir sin esfuerzo; pero tú los sostenías en tu rizada superficie, siendo a un tiempo jugador y

parte del juego, riendo con nosotros mientras nos llevabas y traías hasta arrojarnos entre espuma rápida a la orilla.

Los comunes avatares de la existencia humana me llevaron más tarde tierra adentro, donde ha transcurrido un trecho dilatado de mi vida. Lejos de ti, en mis soledades melancólicas, en tantos inviernos oscuros, mi memoria, por consolarme, te recreaba. Cerraba yo entonces los ojos para hacerme la ilusión de verte y no era extraño que una gota triste, escapando de las olas recordadas, quedase prendida en ellos.

De tiempo en tiempo te visito como a un miembro más de mi familia. Eres el único al que encuentro igual que siempre, libre de vejez y decadencia. Llego ante ti, te vuelvo a respirar y te contemplo mientras nos decimos, cada cual a su manera, esas cosas sencillas que se dicen los amigos. Y al despedirme en vísperas del viaje que me devolverá a un país lejano, nos terminamos de contar lo que siempre nos estamos contando, lo que sólo tú y yo sabemos.

Allí seguirás, en tu ancho espacio líquido, con tus olas incesantes, tus crepúsculos rojos, tu barco reducido a un punto en la distancia, cuando ya no me sea posible acudir nunca más a la cita. Otros hombres te observarán desde la costa acaso complacidos; acaso, como yo tantas veces, emocionados. No creo que para entonces me recuerdes. Así y todo, salud, amigo, y larga vida.

LLAMADA DE LA TIERRA

Invitado por el calor suave de la tarde, me he tendido en la hierba. Las manos cruzadas bajo la nuca hacen de almohada. Un pequeño manzano proyecta su sombra sobre mí. Busco con la vista fragmentos de cielo entre las hojas. La combinación de verde y azul alegra mis ojos y me da sosiego. Ahora mismo nada me duele. Ningún pensamiento adverso turba la paz que me colma. Libre de odio y de ambición, respiro. Podría yo ser en este instante un hombre de otro tiempo, de un siglo que pasó, de uno todavía venidero. No descubro en el espacio que abarca mi mirada señales de actualidad. Estoy, simplemente, bajo el cielo azul de una tarde veraniega, en un lugar con hierba y un manzano. Vuelta la cara hacia un costado, las puntas de hierba cosquillean mi mejilla. Con los ojos cerrados, trato de concentrarme en el olor de la tierra. Una totalidad de madre material me sustenta, me contiene. En vano aplico el oído a la espera de percibir algún sonido de las profundidades. Hablo en susurros a la tierra tibia, ligeramente húmeda, entre las briznas de hierba. La tierra silenciosa levanta hasta mi piel una leve evocación de los hondos fuegos del mundo. Sé, aunque no lo siento, que su corazón palpita escondido. ¿Por qué me pregunta la tierra esta tarde, en el idioma callado de su polvo, cuándo tengo previsto volver a ella si nunca me aparté de su lado, si jamás estuve exento de sus leyes?

LAS PALABRAS

Otros trabajan el oro, la madera, la harina. Yo me afané con las comunes palabras del idioma castellano. En el hogar modesto las posibilidades de elección eran escasas. Busco entonces, con catorce, con quince años, una ocupación que me dispense de repetir el destino laboral de mi padre en una fábrica. El presupuesto familiar no alcanza para instrumentos musicales, para estancias en el extranjero ni estudios en alguna institución de renombre. Descubro, no sé cuándo, no sé cómo, tal vez leyendo los libros obligatorios del colegio, un raro fulgor que a veces desprenden las palabras. Las palabras son, además, baratas. Las palabras son de todos.

Son de todos, pero hay que conocerlas. No tardeo en comprobar que su recto manejo requiere un largo aprendizaje y que, más allá, bastante más allá del conocimiento exhaustivo de las normas, se extiende un vasto espacio de intensidades, de hondura de pensamiento y dominio estético de la expresión escrita que no se alcanza sino a costa de esfuerzo constante y de mucha soledad. Ese viaje sin punto de llegada a través de un incierto territorio de palabras determina mi vida, otorgándole un sentido que me la hace soportable y a ratos, no tengo por qué ocultarlo, grata.

De nada inevitable que sucede a cualquier hombre me salvaron las palabras. Con ellas enfermé de todas esas ilusiones propias de la juventud rebelde y sana, ilusiones que luego el tiempo desgastó como desgasta el agua las firmes piedras que incesantemente roza. Con las palabras eché a volar mis esperanzas. Con las palabras recogí después del suelo los añicos de aquellas mismas esperanzas, avergonzado de creer que el firmamento inmensurable

admitiría una partícula de triunfo. Con ellas quise comprender los sueños, los rostros que amé y perdí, los ojos de los gatos, la luz impasible de la Luna en la nieve. Nombré con las caedizas y frágiles palabras tantas cosas que ignoran que las nombro. En una prisión de palabras concebí el empeño, tal vez cumplido y por supuesto fatuo, de ser libre. No he sido nada del otro mundo, un simple hombre atareado en juntar signos frente a la noche.

RECUENTO

Amar, lo que se dice amar, he amado a pocos; pero juraría que a esos pocos los he amado mucho. Podría acomodarlos en una habitación de escasos metros cuadrados donde estarían de pie, el uno junto al otro, sin rozarse.

Me ha gustado, desde luego, amar, por lo menos tanto como ser amado. Hecho el recuento, constato que he sentido simpatía por un sinfín de congéneres, desde la niñez, cuando tomé conciencia de mis primeros afectos, hasta hoy, metido en los cincuenta. Los he admirado, comieron a mi mesa, me emocionaron, los abracé.

Así y todo, sitúo el amor unos grados por encima de la amistad. En ningún caso lo elegí, aunque jamás he cesado de buscarlo, de buscarlo a veces en oscuros lapsos, en prolongadas galerías sin amor, y de seguir sus huellas en la ternura intensa que acompaña a los impulsos compasivos, en el calor de unas manos bondadosas, en la gratitud por haber sido amado. No depende tan sólo de la voluntad estar entero en la experiencia amorosa. No me acuerdo de mí cuando estoy junto a quien amo.

Con frecuencia, fascinado por un cuerpo seductor, por unos rasgos hermosos, confundí el amor con rachas violentas de entusiasmo. Nunca profesé afición a las llamaradas afectivas. De joven, en noches solitarias, las fingí con calculado afán de remedar los versos de poetas venerados. Pero ya entonces concebía el amor como una forma especial de la convivencia, implicándome sin íntima verdad en sus versiones pasionales, que hoy asocio a una suerte de esfuerzo fatigoso, a una perturbación de la serenidad que tantos años me ha costado conquistar.

Creo, en conclusión, que he amado más de lo que afirmo y acaso menos de lo que supongo. Tal vez he amado mal, he amado torpemente, no se me ha dado bien la técnica de amar como a los otros les gusta que los amen. Ni siquiera sé lo que es el amor, aunque he amado. Puede que en unas ocasiones haya amado sin darme cuenta. No tengo duda de que en otras las personas amadas no se percataron de cuánto las amé.

CONCHA DE CARACOL

Es inútil concebirme sin mi concha de caracol. Si alguna esencia llevo adherida a mi esqueleto es esa dimensión personal que, a falta de otro nombre, llamo soledad. Yo no tengo más alma que estar solo. Desde niño la transporto sobre la espalda a todas partes. Es mi reducto, la caja fuerte de mi personalidad, el sitio donde clavo mis flores y donde me dirijo la palabra mirándome a los ojos.

Allí la vida repercute, allí lo vivido se restriega contra las paredes y se vuelve íntima hasta el agua. En mi concha encierro y clasifico cuanto pasa por mi lado: estas galaxias, esas cerezas, aquellos puentes, tan ligeros por separado y en conjunto que casi no los noto.

Yo apenas me alejo de mi soledad. Salgo de vez en cuando un poco, me alargo hasta la esquina para recoger del suelo alguna que otra experiencia novedosa y sin demora me repliego. Yo estoy tan solo a solas como en presencia de los otros. Me hablan y estoy solo. Me dan la mano, me apuntan con el dedo, me abrazan y entregan las facturas, y estoy solo, agazapado en mi estrecha soledad. Me preguntan: ¿De dónde eres? Les respondo: Soy de mi soledad, el país que jamás abandono vaya a donde vaya.

En él me caliento con la hoguera que alimentan los leños de costumbre: las pobres palabras, las pobres penas y alegrías, los recuerdos no menos pobres y toda esa pobreza de preguntas sin respuesta con que trato de saber quién soy.

Quedará cuando me muera, seca y vacía, mi soledad.

AGUA FELIZ

De pronto, mientras camino por el centro de la ciudad, me obliga a detenerme, me roba el pensamiento, volviéndome del derecho o del revés según me pille con las tormentas por dentro o el corazón por fuera, esa propiedad acústica del aire que en todas las edades obra su prodigio.

De espaldas a la luna de un escaparate, un hombre ajeno al vaivén de la muchedumbre, las mejillas hinchadas, sopla seriamente un saxo. No lo puedo no escuchar. Me ahogaría si no inhalase ahora este oxígeno sonoro. Y, como yo, otros transeúntes, remedando la quietud de los maniqués del escaparate, se paran ante el artista, atraídos por el encanto irresistible de la fluencia musical.

Noto cómo dicha fluencia se expande a la manera de una onda líquida a través de mis órganos y comunica al pecho un ritmo gozoso de latido. Y noto, con perdón, que me corre por dentro un río de ternura, un río sin orillas, cuando compruebo humildemente emocionado que la misma especie que ataca y destruye, que se desangra y agoniza, es capaz de suscitar la belleza.

Ya está la música colmándome con su bálsamo melódico. Y cierro los ojos para mejor abandonarme a los efectos de la delicada melodía y cruzo así, sin necesidad de proponérmelo, la linde que separa nuestro mundo diario de ruidos infernales y silencios opresivos, de esa dimensión que conforma por sí sola, en cualquiera de sus variantes, la música, añadida al universo por el diminuto hombre creativo.

Miro las caras a mi lado, ensimismadas y soñadoras las unas, sonrientes en el deleite las otras, abiertamente regocijadas aquellas de quienes no

pueden abstenerse de seguir el ritmo con el cuello o la punta del zapato. No menos que la pericia del saxofonista callejero disfruto en este instante de la paz fraterna entre desconocidos. Mis monedas en la escudilla no agradecen menos lo uno que lo otro. Aprieto a continuación los tres minutos de agua feliz que he recogido en la palma de la mano y reanudo mi camino.

SENTIDO DE LA OBRA

Desde la ventana, poco antes de emprender el trabajo cotidiano, miro un grupo de amapolas. Con la primera claridad se han abierto en un arriate que hay al borde del jardín. Su rojo vivo resalta entre los tallos y las hojas verdes, poniendo unas notas de hermosura en la mañana primaveral. A lo largo del día, los ajetreados abejorros acudirán al reclamo de las corolas. Cuando decline la tarde, con la llegada de la oscuridad y el frescor del relente, caídos uno tras otro los pétalos al suelo, la pequeña maravilla de color habrá cesado. En las semanas venideras habrá eclosiones diarias de amapolas, hasta la abertura, ya entrado el verano, del último capullo. Agostadas después las plantas, los vientos otoñales esparcirán sobre la tierra silenciosa las semillas hasta entonces encerradas en sus cápsulas.

De igual manera el artista ofrece sus flores de un día en forma de poemas, de cuadros o piezas musicales, de lo que sea que hacen los hombres con sostenida aplicación y con mayor o menor pericia. ¿Por qué tanto afán, me he preguntado algunas veces, para tan corto efecto? ¿Para darse gusto a sí mismos? ¿Acaso no sería más sensato y, desde luego, menos laborioso dejarse llevar como las hojas indolentes que arrastra a su capricho el viento?

Recompensa ninguna esperan las efímeras amapolas salvo la visita ocasional del abejorro que las fecunda sin darse cuenta. Que a los demás, aunque nunca los lleguemos a conocer, complazca el resultado de nuestro tesón creativo; que este mejore sus vidas o les proporcione algún tipo de enseñanza, deleite o consuelo, justifica en grado suficiente la tarea. Gran soberbia es rechazar el aplauso sincero. No menos reprochable es darlo por

seguro o merecido.

Así como, al nacer nosotros, encontramos la música de Mozart, las fachadas de Manhattan o la poesía insondable de Vallejo junto a las dádivas de la naturaleza generosa, es elegante, es honrado y es de agradecidos esforzarse por añadir, antes de la hora postrera, algo valioso al mundo, grande o pequeño, o al menos intentarlo, exentos de la vanidad pueril de perpetuar nuestro nombre en labios posteriores al cupo de días que nos fue otorgado. Aprendamos de las amapolas que alegran la breve jornada con su sencilla condición de amapolas.

MADRE

Eras una mujer de treinta y tres años, decidida a no concebir más hijos, cuando quedas embarazada de mí. Andando el tiempo, me confiesas sonriente que una noche descuidaste la defensa ante el hombre débil que se pasó su larga vida obedeciéndote. En consecuencia, nazco. Ni aun desconociendo este trivial pormenor habría dejado de parecerme fortuito el origen de toda existencia.

Reúnes cualidades que fueron anuladas, sin ocasión de desarrollarse, por las condiciones desfavorables de tu vida. Tienes belleza, carácter, orgullo, eres lista y no te arredra el trabajo. Pero has nacido en una mala época de España, en un pueblo de labradores donde no crece una brizna de cultura, en una familia numerosa y pobre. La religión ata tus manos. Te corresponde el destino prefijado para la mujer modesta de tu país y tu tiempo: el matrimonio, la procreación, la cocina. Muchas veces te he oído expresar el pesaroso convencimiento de que mereciste otra cosa, de que mereciste más.

Tal vez por el impulso de compensar ciertas carencias, ya temprano te formas la ilusión de proyectarte en mí. Desde la leche materna, todo lo que contribuya a mi fortaleza física constituye una de tus mayores prioridades. Rebasados los cincuenta, aún gustas de enviarme paquetes postales con alimentos. Considero probado que si algo te ha salido bien en la vida es mi salud. Te debo, además, una decidida propensión a la perseverancia, la voluntad acaso maniática de terminar cualquier trabajo emprendido, y lo que más he admirado siempre en ti: esa capacidad de cuarzo que tienes para mantener a raya la tristeza.

Sin disimulo muestras sentir como propios los logros literarios con que fui alguna vez favorecido. Tu alegría los ennoblece, elevándolos a triunfo, aun cuando más allá del trabajo bien hecho yo no crea gran cosa en el triunfo, salvo que este consista en tu alegría. Me figuro entonces que ves en mí, con frecuencia a través de lágrimas felices, una suerte de mano tercera. La tienes, convertida en mi persona, para tomarle a la vida algunas satisfacciones que te ha negado.

Un instinto privativo de la mujer te impide acaso aceptar que un día desocupé tu vientre. De tu ternura y atenciones infiero que me sigues considerando parte de ti, aunque esté lejos. Tú que diste vida percibes sin duda mejor que yo, simple hombre de soledad y libros, los susurros de la naturaleza cuando nos habla al oído para decirnos que no existen los seres sueltos, que somos todos uno y lo mismo.

LA CAMA

Tengo entendido que fui engendrado en una cama. Y, sí, percibo una reminiscencia de útero materno, caliente, blando, gustoso, en las camas. Mi edad actual no me impide ser cada noche un bebé desvalido apenas me tiendo a dormir bajo las mantas.

Por las mañanas, temprano, nazco, los domingos un poco más tarde. En los ojos me da la luz del sol y no me pongo a llorar de milagro. Me paso la vida naciendo. Todos los días me veo obligado a abandonar un reino de placidez, a comprobar si estoy entero, si conservo el nombre, la cara y lo que sea que haya detrás de la cara. Y luego, atado a mi condición humana, afronto la tarea diaria de buscar, por los suelos dispares de la vida, sucedáneos de la temperatura feliz de la cama.

He conocido en la cama las versiones más húmedas del amor. Sostuve entre sábanas revueltas, con cuerpos acordes en el placer, las dulces y apasionadas lides que gana el deseo. Y de la misma manera que fui engendrado, engendré en el vientre de la mujer con el auxilio de la naturaleza y un colchón.

Pero la cama cuántas veces fue campo de sufrimiento. Hundida la cabeza en la almohada, ardía la frente febril, los ojos perdidos en el borroso cuadrado de cielo que abarcaba la ventana. Débil, dolorido, delirante, en las horas sin tiempo consagradas a la enfermedad mi cuerpo aprendió los rudimentos básicos de la agonía.

Conociéndome como me conozco, no me sorprendería expirar en una cama. ¿Quién sabe el escenario de su último visaje? Después de todo, no es

mal sitio la cama para morir: cómodo, cálido, a resguardo de la intemperie. Si me dejaran escoger moriría por la noche en mi cama de costumbre, encogido en posición fetal, antes incluso de haber nacido.

YO, MI CUERPO

Estéril fatiga la de arrojar al aire puñados de arena trágica por no saber quién soy ni para qué nací. Sin otra ayuda que la del espejo y unas cuantas radiografías he podido conocer los contornos de mi esencia, mi yo en mí con mi corazón atareado, mi cara imperfecta y, detrás, un cerebro capaz de concebir el entusiasmo, la tristeza, la justicia y, ya puesto a delirar, un alma.

De niño me inocularon la ficción de una vida sin cuerpo. De una vida, decían, verdadera, gozosa y, por supuesto, interminable, a cuya obtención precede por fuerza el fin mortal de la carne previamente menospreciada. Y así, cada noche, en la ciudad que toma su nombre de un varón semidesnudo erizado de flechas, rezaba yo con cándido convencimiento, con miedo alentado por adultos expertos en nubes invisibles, a otro hombre no más cubierto de ropa, coronado de espinas, clavado en un madero.

Diré lo obvio, lo tantas veces negado: soy mi cuerpo, este de materia templada que me ha correspondido por el azar de una noche de mi padre sobre mi madre. Soy, como todos mis congéneres nacidos y por nacer, un cuerpo cambiante y caduco que ha aprendido unas cuantas cosas y nada más. No he sido antes de la reunión de mis entrañas, no seré después del polvo esparcido de mis huesos.

Indivisibles, indistintos, mi cuerpo y yo nos alzamos un día sobre la superficie de un grumo en el cosmos. Hasta la fecha, provistos de nombre, recuerdos y facciones, lo recorreremos gozando lo que se pueda, padeciendo lo que nos toque. Hemos amado y nos han amado. No hay más y aun eso es mucho. Con la debida pena, acaso con la elegancia de la serenidad,

restituiremos a ese mismo grumo, tras la hora última cada vez más cercana, los minerales prestados.

Bien lejos de mi intención y de mis propensiones asumir culpas porque no me consagré a la represión de mis deseos, porque no me flagelé al gusto del que concede o niega eternidades. Así y todo, no carezco de modales y, como en los autobuses urbanos, cedo mi asiento en la gloria a quien lo necesite. A mí me basta la realidad. Yo me conformo con un buen paseo por la vida.

LA GUAPA

Vino de lejos un día. Sonó el timbre y, al abrir la puerta, estaba allí, hermosa como una ofrenda de los sueños. Me apretó la tentación de mirarle la etiqueta. Necesitaba comprobar si aquella dicha esbelta y sonriente venía dirigida al estudiante despeinado que yo era. Había oído decir que la vida, cuando es joven, tiende a obsequiarse a sí misma en exceso. Da la montaña y da el vigor para escalarla, da utopías largas como ríos de ingenuidad, da noches ardientemente abrazadas hasta el amanecer y todo eso.

Conmigo se propasó. Muchacho de escasas y modestas pertenencias, me dio de golpe, manirrota, más de lo que cabe en el futuro de un hombre cuya mayor fortuna hasta la fecha consistía en su regular respiración. Me dio el amor al completo con su amada y su deseo de amar, con sus ojos entre grises y azulados, que acaso la engañaron, y con las ondas de su melena donde todos los días me gusta hundir la cara.

Admití la realidad favorable de aquel espejismo y la invité a entrar. No conocía yo por entonces una palabra de su arduo idioma. Hablaba ella lo justo del mío para entendernos en las cuestiones elementales del vivir cotidiano. Me recuerdo explicándole, una mañana de sol, en la cocina de un piso del arrabal, la palabra *zanahoria*. Y la recuerdo, con un cosquilleo de felicidad, enseñándome en una cama de su país, muerta de risa, números imposibles para una boca latina: *zwei, fünf, zwölf*.

Ningún muro lingüístico truncó el designio común de compartir, más allá de la atracción física inicial, el agua y los panes del ser entero. Desde entonces miro por sus ojos, ella mira por los míos, y no hay dolor que le

duela sin que a mí me duela ni hay risa en sus labios que no me doble de alegría. En ella me he depositado, en ella reposo y con ella existo, tengo un centro, me río y me apeno. La Guapa es presencia, esencia y perfume. No es sólo que la quiera, sino que, además, me cae bien.

BESO

Estamos los dos solos en un lugar cualquiera de la casa, la Guapa ahí, yo aquí, mirándonos los ojos. Distingo en los suyos una dulce intensidad que hace superfluas las palabras. Distingo más; me distingo a mí mismo succionado, viviendo pequeñito dentro de ella, como ella está ahora en mí poniendo perfume en mis destartalados pensamientos.

Este instante desprendido de la serie temporal se alarga con luz íntima hacia la escena amorosa. La Guapa sonrío seriamente. Es la aceptación. Ya un poco ha levantado la barbilla, ofreciendo (esto sin duda lo habrá escrito algún poeta) la flor entreabierta de sus labios. Complacido en la gracia de sus rasgos, acerco mi cara a la suya. La Guapa viene con toda su hermosura, ya cerrando los párpados, y con pareja voluntad de disfrutar y dar disfrute, al encuentro de las bocas.

Es el beso. Un beso sereno de veteranos en el hábito de la ternura. Un beso precedido de lluvias incontables, de muchas noches y pocos días, de demasiados días para tan pocas noches, y de lágrimas alegres y de las otras, sin las cuales este beso no sería lo que es: confirmación. ¿De qué? Qué más da: confirmación de todo y nada.

Los labios de la Guapa tienen la temperatura exacta del amor. Si necesito amar acudo sin falta a beber amor en ellos, y da la casualidad de que soy por naturaleza propenso a la sed, sobre todo a la sed que sólo la Guapa puede saciar. Conozco sus labios más que si fueran míos: su táctica de voy y vengo, de niego y doy; su función primordial en la formación del gesto; su manera de insinuarme lo que piensa y siente la mujer que los mueve.

Suelen ser esperadores; pero, una vez cercanos, perdido el pudor, se aprietan golosos y se llevan sin miramientos la porción de cariño que estaban reclamando. ¿Será que también la fuente bebe del sediento?

EL DÍA DE LA PÉRDIDA

Se había extendido una capa de niebla por el espejo, al principio sutil, después cada vez más densa, hasta el punto de que, para reconocer a quien yo había sido hasta entonces, no tuve más remedio que achinar los ojos a la manera de los que no ven bien. Lo recuerdo perfectamente porque ocurrió el día en que perdí la juventud.

Mi cara me dijo adiós. Sin expresión, sin muecas, sin lágrimas. Quieto en mi contrariedad, la vi emprender la marcha por el espejo adelante, hacia los lejanos montes del pasado. La llamé, suplicante, pero no me escuchó. Me dejó sin aquel nimbo que yo llevaba sobre la cabeza desde niño. Aunque era el amanecer, me alumbraba la luz de la tarde. Lo recuerdo perfectamente porque ocurrió el día en que perdí la juventud.

Un cesto con el que yo cargaba sobre el hombro de repente no lo pude sostener. Extraje, por aligerarlo, un puñado de deseos y aún me pesaba demasiado. Seguí extrayendo. Extraje almuerzas de ilusiones, paladas de esperanzas, que resonaban como nueces vacías al topar contra las losas. Y cuando al fin no hubo en el cesto sino unas pocas y livianas cáscaras, pude de nuevo colocarlo sobre el hombro. Lo recuerdo perfectamente porque ocurrió el día en que perdí la juventud.

Me vino entonces esta propensión a esperar por esperar, a esperar no sé qué ni a quién. Me habitué a alegrarme poco a poco por baratijas como las puestas de sol y esas estúpidas flores al borde del camino. Me tomó esta parsimonia que llena de nada mi cabeza. Se adueñó de mí esta gratitud que me sale de la boca como saliva floja cada vez que veo un pájaro en la rama. Y

todo esto me lo tengo merecido por aquel mal paso que di, por aquella infortunada idea de situarme ante la niebla del espejo. Lo recuerdo perfectamente porque ocurrió el día en que perdí la juventud.

FEDERICO GARCÍA LORCA

La disciplina impuesta por los frailes en aquel colegio de mi ciudad natal, unida a la gotera lenta, lenta, de las horas lectivas, induce al muchacho nervioso que yo fui a una distracción secreta.

Durante las explicaciones de aritmética, latín, religión; durante los lapsos de silencio reservados a tareas tediosas, me entretengo ojeando a hurtadillas el manual de lengua española, pues abunda en ilustraciones. Si la vigilancia del profesor no lo impide, pinto estas con rotuladores, les añado adornos y detalles. Pronto no queda nada por colorear. Toda figura, sea de hombre o de mujer, sin excluir los animales, tiene su barba, su chepa y su sombrero.

Paso entonces a leer textos breves, poemillas, pequeñas fábulas repartidas entre las lecciones. Las muestras de escritura son copiosas. Una extraña atracción me lleva a preferir las atribuidas a un tal Federico García Lorca. Tengo doce, acaso trece años. No sé nada de guerras ni fusilamientos. No sé nada de literatura. Pero ya asocio el nombre del escritor andaluz a una suerte de fascinación deleitosa, inusual en un muchacho aún no aficionado a los libros, a quien resulta difícil, por no decir insoportable, estarse quieto.

¿Por qué me seducen aquellos versos no del todo comprensibles al colegial desaplicado? Lo ignoro. Ni siquiera puedo recordar con precisión los textos visitados: algún romance, supongo; alguna canción apta para niños, sin duda (de esa sí me acuerdo) la del jinete que se acerca a Córdoba con la certeza de morir por el camino.

A edad tan corta no acierto a razonar lo que me ocurre cuando leo las palabras del referido poeta. Eso que no se deja nombrar (misterio, magia,

embujo me parecen metáforas vacías) me saca, al modo de una enfermedad, de mi ser de costumbre, del que sostengo a diario de la mañana a la noche, del muchacho sin atributos especiales que he sido hasta la fecha. Me hace otro dentro de mi cuerpo. Instaura en mí una necesidad que sólo se satisface con palabras. No con las palabras habituales, a menudo defectuosas, aprendidas en casa o con los amigos en la calle. Con otras, sonoras, bonitas, sugestivas, yo no sé; con aquellas como las que junta en el papel el señor García Lorca.

Nace en mí poco a poco una propensión a habitar, en momentos determinados, zonas de soledad. Y en breve tiempo paso de manejar juguetes a quemarme las manos con palabras que imito torpemente. He dado, además, en buscar por las librerías de la ciudad las obras de García Lorca y en leerlas después en voz alta con la fruición de quien agranda con sus dedos una herida gozosa hasta rasgarla por completo. No frecuento con menor pasión textos suyos coyunturales (cartas, dedicatorias, lo que pillo), así como semblanzas y comentarios de otros escritores sobre él.

En cada caso se repite, urgente alivio del adicto, aquella fiebre cautivadora que andando el tiempo me será suscitada con distintos grados de intensidad, pero siempre intensamente, por los poemas de nuevos poetas que he ido descubriendo: Góngora, Bécquer, Aleixandre...

Largas noches en vela, el libro abierto en el círculo de luz, la vida en silencio, me proporcionarán finalmente el diagnóstico certero. Contagiado por Federico García Lorca, he contraído el fervor incurable por la poesía. Ya nunca nada será lo mismo.

RÉQUIEM POR EL TIEMPO

¿Y si el único que vive es el tiempo, el infeliz, el hastiado tiempo que necesita, para entretener su soledad, de criaturas breves que lo conciban?

El tiempo que en su noche inabarcable sueña con ser medido.

El tiempo que sostiene lo que hay, lo que arde efímeramente en su vasta soledad.

El tiempo que late angustiado en el reloj y un segundo después, de puro aburrimiento, se va a saltar por las estrellas.

El tiempo que subsiste en mí y en ti y en la araña y en la hiedra a la manera de un parásito que poco a poco destruye lo que habita.

El líquido que llena mi cesto de jornadas y que, escurriéndose sin cesar por las ranuras, va dejando un reguero de gotas vividas a lo largo del camino.

Hoy, ahora, siento lástima del tiempo. Hoy, ahora, acaricio con mano compasiva el lomo de esa triste niebla itinerante.

Y el tiempo, agradecido, me lame las lágrimas con sus días y sus noches.

Pasa por mi lado agitando su cola de momentos.

El generoso tiempo que deposita una guirnalda de horas a mis pies.

El tiempo a quien todos inculpan, a quien todos difaman y abandonan.

El tiempo que ni fluyendo puede escapar de sí mismo.

Me da pena que un día se muera el tiempo sin nadie que lo llore, sin que haya una mano amiga que le cierre los párpados, a él, pobrecillo, al único acaso que tuvo vida entre nosotros.

LLUVIA

Padre, tu recuerdo es lluvia y yo te estoy de pronto recordando. Un rumor innumerable de gotas que revientan me ha empujado a la ventana. La que suena no es el agua jubilosa que hace suspirar la tierra; no es el agua que baila con las hojas, sino una monótona, gris, más gris melancolía.

Las noticias predijeron sol; pero yo oigo llover y siento por todo el cuerpo la humedad y el descenso brusco de la temperatura. Me asomo, sorprendido, a la ventana. La calle dormita bajo la luz incuestionable, con sus pájaros parados a resguardo del calor.

Y, sin embargo, no hay duda de que llueve. Arrecia a mi lado el siseo constante de la lluvia. Miro en torno por si estuviera lloviendo dentro de la casa, en algún rincón o debajo de los muebles. Y al fin descubro, padre, que soy yo el que no para de llover.

Si esta lluvia tan sólo consistiera en agua que busca reposo sobre la hierba serena, yo no estaría encogido ahora, tiritando de tristeza detrás de mi espalda. Saldría como tantas otras veces, como cuando tú vivías, padre, a deleitarme en el chisporroteo juguetón de las gotas al chocar contra el paraguas.

Pero esta lluvia que tanto penetra y tanto hiere está cayendo en el pasado y no nos va a mojar ni a ti ni a mí ni a nuestras sombras ya para siempre separadas.

Esta lluvia no nace de las nubes, sino de la seca soledad que late dentro de mi pecho. No forma charcos en el camino ni perlas en las rosas. Qué va a formar si ni siquiera es de agua. No la llueve el cielo. El cielo bastante tiene

con ser cielo y ser azul cuando le dejan. La lluevo yo por dentro a solas, en aquel descampado personal donde se abrazan los vivos y los muertos.

Yo no sé cómo puedo detener esta lluvia que lo está empapando todo de desdicha. ¿No habrá, padre, un techo que proteja de tu muerte?

MI ALMA Y MI PERRO

En este armario guardo mi alma. Entre camisas y pantalones cuelga, limpia y planchada, de su percha. Por tratarse de una prenda valiosa la llevo conmigo solamente en ocasiones especiales. Un alma es para toda la vida. Un alma no se arregla. Si se rompe, no hay otra.

Por eso la reservo para cuando voy a sitios adonde no se debe ir sin alma. Cuando voy al poema, por ejemplo. Cuando acerco el olfato a una flor aromática o cuando, al alzar la copa de buen vino, dirijo unos instantes la mirada a los colores de la tarde.

De niño, en cambio, no iba sin mi alma a ningún lado. Ni para dormir me la quitaba. La echaba a volar junto a los ángeles que surcaban en bandada el cielo de mi infancia. Me complacía columpiarme con ella en las campanas. Y, al caer la noche, se la enseñaba a Dios, que de tanto conversar conmigo me parecía un miembro más de mi familia.

El caso es que ya no salgo casi nunca con el alma a la calle. Se me hace que la gente, al verme, lo va a saber todo de mí. O que el viento y la lluvia me la podrían arruinar. Los ángeles, mientras tanto, emigraron lejos, a otras infancias, y Dios murió como mueren todos los abuelos entre dos crepúsculos.

Eso sí, cuando me pongo el alma gano en dimensiones. Me revisto de una atmósfera que me hace más brillante que mi perro. Soy de pronto transparente. Soy un depósito de resplandores. Soy espiritual. Ataviado con mi alma, me prolongo en altura; alcanzo mayor profundidad y me dilato, en fin, en todas direcciones hasta dejar atrás la última estrella transitoria.

Pero luego, al borde de la eternidad, me cruzo con la mirada de mi perro, sentado y melancólico cerca de la puerta con su alma peluda de perro, y no sé qué me da dejarlo allí solo, abandonado a las horas polvorientas, sin nadie que le hable ni le ponga la comida. Vuelvo entonces sobre mis pasos y hasta la saliva me sabe a amistad. Restituida a la percha del armario la ingrávida envoltura, me visto mis humildes y carnales pingos de diario, acaricio al perro, lo saco a pasear.

LA LENGUA CASTELLANA

Merma en la carrera de la edad la propensión al entusiasmo; pero tú, amiga lengua castellana, la más firme y duradera de mis pasiones, me acompañas en la vigilia y en el sueño con tu poderosa fuerza cautivadora.

Me fuiste dada sin elección, como tampoco nadie elige la hora ni el lugar de su nacimiento, ni aun el lance aleatorio de nacer. Y aunque descienda a los orígenes de mi memoria, donde todo se confunde en cálida, cerrada oscuridad, no te recuerdo posterior a la leche materna. Me costaría admitir que fueras menos natural que mis manos, menos necesaria que la respiración.

Con humildad vestida, tiznada de errores y palabrotas, te hablábamos en el arrabal donde nadie había, que yo sepa, en cuya boca hubieran podido embellecerte las galas de la cultura. Menesterosa de vocabulario, nos servías en la expresión de los asuntos cotidianos. Decías sin adornos nuestras preocupaciones, ponías en palabras sencillas, con olor hogareño, nuestras modestas felicidades y, llegado el momento, nos ayudabas a manifestar esa cosa íntima que no por dicha con llaneza pierde su tamaño: la ternura.

Los libros que frecuenté de joven con febril curiosidad me depararon aquel prodigio del cuento clásico. Descubrí con ayuda de las letras magnas que la moza pobre de mi barrio era una princesa sonora. Asistí a la transformación paulatina de sus greñas en hermosa cabellera, de su rota y sucia indumentaria en elegante vestido, de su cándida y desmañada simplicidad en elocuente hondura.

Te he visto ser a un tiempo señora fina y labradora robusta en un lugar de la Mancha. Quevedo te hizo idioma de difuntos por dominios sin retorno en

que ardería después la canícula de Rulfo. Eres blanca en el cisne de Darío; en el verde de Góngora campo, cristal sinuoso, y has callado a gritos fieramente humanos. Fluiste enamorada en los cauces de lava de Neruda. Moriste porque no morías. Moriste en París con aguacero y desangrada en Sevilla, junto al río, porque eran cuatro puñales y tuviste que sucumbir.

Y de tanto morir sigues viva en tu perfil oral y en tu melena escrita que ondea a uno y otro lado del océano, dando rumbo a la experiencia comunicativa, a la imaginación y el canto de tantos que te servimos torpemente sin por ello dejar de venerarte, maravillosa lengua castellana, compañera del alma, compañera.

LA VIDA

Yo quisiera decir sencillamente esta mañana que me gusta la vida. Ni triste ni alegre, con un vaso vacío en la mano, tan sólo eso, aunque nadie me oiga, que estoy aquí tranquilo poniendo en orden las conchas que me salen del costado.

Digo, lo he dicho ya, lo diré mañana si amanece, con toda mi potente debilidad, que sí, que juzgo un hecho venturoso que haya nubes y libros y caras sonrientes, y que ahora mismo, desde el horno, se difunda por la casa el olor honrado del pan.

Me gusta la vida, qué se le va a hacer, desde la primera vez que la vi, cuando era chiquita, cuando ni puesta en pie me llegaba a la rodilla. Aquella vida gimiente y descalza que aún no conocía el óxido de los días acumulados. Aquella vida que todavía, de vez en cuando, levanta su pequeño sol en el recuerdo.

Y más tarde no digamos, joven y hermosa, pródiga en noches apasionadas, con aquella gracia incomparable que tenía al desvestirse en la luz modesta del cuarto de estudiante y cuando derramaba sus cabellos olorosos sobre mí antes de darse cálida y entera.

A veces mancha y duele la vida, y uno se retira en silencio a un rincón de su desgracia a esperar que la vida amaine y se enciendan de nuevo las horas azules del gozo. Y aun así, mira por dónde, me gusta la vida. Porque me tiene que gustar. Porque es lo único que hay y yo, a fuerza de vivir y compartir el aire con la gente, no sé qué otra cosa podría hacer sino sacarle gusto a la vida, a esta vida tantas veces malvada que te da un palazo por las buenas y se va.

PÁJAROS

Desde que veo luz contengo pájaros. Jilgueros, gorriones, estorninos y otras aves livianas que tienen su prisión en mi garganta. No pían, no vuelan, pero tienen plumas y ahí están, inmóviles, soñolientos, silenciosos, cada cual en su rama, esperando turno para que los saque por la boca un golpe sorpresivo de alborozo.

Sucede en ocasiones que le entra a uno en el zapato una irrisión, que un hecho cómico le mancha la camisa y lo induce a abrazarse fuertemente a la pared. Sucede, yo lo he visto, que unas palabras dichas en el corazón de la tarde caen sobre un charco de espuma ridícula, delante de mis pies.

Se abre acto seguido el aire en dos, se rasga por su parte placentera, impulsando mis labios hacia los cuatro puntos cardinales de la risa. Me salta entonces una alondra por la cara; me cosquillea el aleteo de un mirlo en la nariz, y sin demora están los dos llevándose lejos, por encima de los árboles, el instante de dicha que he tenido.

Con cada risotada expelo un pájaro. Y como yo, la gente que ríe a cualquier hora, en cualquier parcela jubilosa de la Tierra, hace crecer la bandada que puntea con sus trinos y colores la claridad de nuestros días.

A diario, mientras recorro mi trayecto acostumbrado de paseo, tiendo la mirada atenta a los bordes del camino o, si voy por la ciudad, a las cornisas y tejados, y no hay vez que la alegría no me hinche los pulmones al observar los pájaros del mundo.

Me pregunto a cada paso: ¿Quién habrá reído ese pinzón?

O exclamo: ¡Qué suerte haber carcajeado aquel vencejo!

V

LECCIÓN INVOLUNTARIA

No es mi propósito juzgarlo. Y, si tal fuera, recibiría de antemano mi absolución. Pero el recuerdo viene cuando quiere y no es raro que me traiga escenas nítidas, intactas, de aquellos sábados hogareños de mi adolescencia en los que él representaba un papel penoso.

Tras la cena, sentados mi madre y yo en la sala, mirábamos algún programa de televisión en blanco y negro. Alrededor de las once, a veces más tarde, lo sentíamos introducir con distintos grados de torpeza, según la cantidad de alcohol que hubiese ingerido, la llave en la cerradura.

Entraba por fin en casa, a menudo hablando solo con dicción borrosa, la mirada turbia, el gesto aturdido y culpable. Trascendía de él una intensa fetidez de borracho. Su aspecto me causaba no sólo repugnancia, sino algo, por humillante, más doloroso: un sentimiento de íntima vergüenza ante su manifiesta degradación, conocida por todo el vecindario.

De camino a la cama se detenía, tambaleante, a nuestro lado, farfullando, para congraciarse con nosotros, demostraciones serviles de ternura. Y aniquilaba mi último designio de ver un modelo, no digamos un héroe, en la figura paterna, cuando se escudaba en el pueril embuste de haber bebido poco.

Trabajaba largas horas diarias en la fábrica y era bondadoso, incapaz de violencia. Por eso lo quise; por eso él es en mi recuerdo, ahora que desdichadamente no puedo decírselo, el héroe modélico que no era. De sus debilidades ostensibles nació mi voluntad de no sucumbir ni entonces ni después a la tentación de la bebida, de las sustancias estupefacientes; en fin,

de cualesquiera paraísos artificiales a los que profeso desde mi juventud desconfianza profunda y rechazo, no tanto por ser artificiales como por no creer que haya en ellos un adarme de paraíso.

LÍNEA DE DESTINO

Días grabados con hierro candente en la memoria. Días como aquel sábado, en los albores del invierno del año 89. Atravieso en coche a media tarde las calles de Hannóver. La evocación renueva en lo más hondo de mí, tan abajo que ni yo mismo alcanzo con la mano, un viejo coletazo de angustia. Temo que, forzado a detenerme por un semáforo, se me pierda de vista la ambulancia. Por mi cuenta no sabría llegar a la clínica situada, como comprobaré más tarde, en una zona periférica del casco urbano. Conque sigo de cerca al vehículo blanco que circula delante de mí señalándome la ruta. La puerta trasera de doble hoja, las ventanillas veladas. Sé que ha comenzado para nosotros una línea adversa de destino; pero no quiero pensar ni darles vueltas a posibles conclusiones, aún menos a ilusas esperanzas. Yo tengo que seguir como sea a la ambulancia.

Dentro vas tú, Isabel, recién cumplidos los tres meses de edad. Perdiste el sentido en casa y tu madre, sin cuyo instinto certero hoy no vivirías, cuida de ti en compañía de dos sanitarios. ¿Tu infortunio? Una opción prevista por la naturaleza daña tus meninges. Por la mañana, un médico inepto, en servicio de guardia, te prescribió unos fármacos comunes contra el resfriado. Pidió que esperáramos dos días; pero tu madre, transcurridas unas cuantas horas, adivina el error y decidimos actuar.

Aún tardaremos varios años en advertir que la enfermedad ha perjudicado gravemente tu capacidad intelectual, sin que tus rasgos faciales revelen el retraso. Por ello estás desprotegida ante personas que, ignorantes, insensibles, impacientes, pero sobre todo numerosas, no conciben que una mujer joven

ignore lo que, según ellas, hasta los niños más pequeños saben. Tal será una de las cruces que deberás cargar a lo largo de tu vida.

Cumplidos los seis años, con ocasión de una sencilla tarea escolar, descubro que no captas el concepto del cero. Insisto, empleo dibujos, me valgo de juegos, pero no hay manera. Ya no se trata de que aprendieses con tardanza, como pensábamos ingenuamente, sino que un muro infranqueable impide que lleguen nociones elementales a tu mermado entendimiento, no digamos ya las más complejas. Durante largo tiempo, hasta que alcances la edad adulta, me esfuerzo por enseñarte a interpretar las agujas del reloj, con leves progresos a menudo poco duraderos. Tu madre asume la misión de practicar contigo técnicas de orientación en la ciudad, insalvable laberinto por el que sólo te desplazas segura en trayectos aprendidos de memoria.

A veces paseamos todos juntos y atrapa de repente nuestra atención la sirena de una ambulancia. Hay muchas ambulancias en la ciudad, posiblemente en todas las ciudades. Tu madre y yo nos miramos un instante sin decirnos nada. Mientras la ambulancia se aleja, una pulsión contra la que no puedo resistirme me induce a seguirla con la vista. Las puertas traseras de doble hoja, las ventanillas veladas.

HOMBRE HUMANO

Pienso, Isabel, en las buenas gentes que me dieron una nube. Y en las que me dijeron: ve por ahí, y fui y llegué. Pero separando las piezas de que consto y repartiéndolas en montoncitos delante de la tarde, me doy cuenta de que nadie me ha conferido tanta forma como tú.

Ni te lo sé explicar ni lo podrías entender. Aquí tengo, mira, una almuerzo de palabras. Palabras transparentes, cristalinas y de las otras. Cada vez que me dispongo a enseñártelas se me escurren entre los dedos. Para cuando llegan a la tierra, qué lástima, ya se han secado.

Pero si acercas, hija, el oído a mi pecho, oirás latir aquella piedra que ahora es una esponja. Con aquel golpe brutal que recibiste de la vida, con la maravilla de tus ojos serenos, la limpieza de tu sonrisa y otras cosillas que me callo para no excitar los lagrimales, aprendí poco a poco a humanizarme.

Y, sí, he visto el fluir humano de las aguas, la espalda humana del caballo, el aromático café humano en la taza matinal.

Y, sí, he visto también lo humano del hombre. Lo humano que siempre estuvo allí, retorcido de dolor y de deseos insaciables, pero yo no lo veía; yo estaba allí y no lo veía o lo veía desdibujado, sin aristas ni contornos, entre la niebla que de mí se desprendía.

Lo humano he visto, sí, del inhumano que se levantó del lecho una mañana, bostezó, mató y volvió a acostarse. Lo humano del hombre ensangrentado que, después de levantarse y bostezar, fue acostado para siempre.

Ser humano es mi vocación, mi tozudez y mi condena. A mí que no me

saquen de ser hombre humano porque de otra forma yo no quiero ser. Seré, sabiendo a qué me arriesgo, débil hasta reventar de fuerza. Me agarraré, para no caerme, en medio de la noche a un palo de bondad. Recorreré las calles recogiendo las lágrimas perdidas por la gente.

Te lo debo a ti, Isabel, a cuyo lado, sin que te dieras cuenta, aprendí la compasión.

LIBROS

En nuestro piso del arrabal había muebles sencillos y afecto, pero no había un solo libro. Esa suerte de templo llamada «la biblioteca de mi padre», que evocan con veneración algunos escritores, yo nunca la conocí. Mi infancia es un sitio, al final de la ciudad, con montes y zarzales, con niños embarrados que pescan en el arroyo y madres que al caer la tarde gritan el nombre de esos mismos niños desde las ventanas.

El cultivo de las ciencias y las artes, el hábito diario de la lectura, la provechosa reclusión del sabio precoz, no eran entre nosotros aire que se asimila por el natural ejercicio de la respiración. Los bienes culturales, gravosos para la economía doméstica, estaban fuera como el mar al que sólo podíamos llegar marchándonos de casa. Pronto supe que no se alcanzan sin esfuerzo.

Los libros, que facilitan al hombre el logro de espacios personales de libertad, entran en mi vida a los diez u once años por imposición de un docente. Convertido con el tiempo en lector asiduo, guardo los volúmenes dentro de un cajón. Como los laboriosos roedores que acumulan provisiones en sus madrigueras, me acostumbro a llevar a casa libros que van integrando una biblioteca cada vez más numerosa. No tardaría el cajón inicial en quedarse pequeño. Entonces mis padres acuden en socorro de mi afición procurándome la formidable felicidad de una estantería.

En adelante no me será posible concebir mi existencia ni acaso soportarla sin la grata compañía de los libros. No soy coleccionista temeroso de estropear mediante el uso las piezas reunidas, sino que, con raras

excepciones, les he consagrado horas de lectura o las he consultado de cuando en cuando. Me complacen sobremanera el olor literario del papel, las ilustraciones de calidad y la encuadernación esmerada, y no escondo que en la cercanía de los libros alineados en las baldas hallo profundo bienestar; pero si los junté y los cuido es principalmente por los frutos valiosos de la inventiva humana que contienen.

Adondequiera que me condujo la fortuna, llevé los libros conmigo, acarreándolos de ciudad en ciudad y a través de fronteras. En esto no fui distinto de las hormigas cargadas con las larvas cuando mudan de hormiguero. Y si me pidieran que nombrara mi lugar favorito en el mundo, elegiría la modesta biblioteca que me depara serenidad dichosa.

Algún día no seré ni estaré ni podré, por desgracia, leer. ¿Qué destino espera entonces a mis libros? Me agrada imaginar que, eximidos de la destrucción, otras manos los abren, otros ojos curiosos y atentos recorren sus renglones, reavivando el sentido de los signos impresos. Quizá encuentren unas palabras subrayadas, una torpe anotación en el margen de una página, una hoja de calendario, testimonio amarillento de una fecha lejana. Quizá se detengan un momento a leer una dedicatoria cordial destinada a un hombre que se borró en el tiempo.

SOMNOLENCIA

En ratos sueltos, durante el día y a veces por la noche, aprendo el arte de morir. Los años, que son mis maestros, me imparten clases privadas en las diferentes disciplinas: la fatiga, el desgaste, las dolencias. No hace falta que los maestros vengan a mi casa ya que viven conmigo. Ellos me asignan las tareas, vigilan mis prácticas, corrigen mis errores. Al parecer, progreso. Ya cierro los ojos con bastante convicción.

Lo que mejor se me da es la somnolencia a primera hora de la tarde, que es cuando yo desearía que se agotase la provisión de mis fechas, después de una taza de café y un último repaso al periódico, pues me pica la curiosidad por saber si lloverá, si soplará el viento o hará calor al día siguiente de mi vida.

Por las tardes, cuando impera la lentitud, acostumbro ejercitarme en el sopor. Entonces, como un muerto saciado de existencia, yazgo en el sofá y, libre de pensamientos, de inquietudes y esperanzas, descanso en paz alrededor de media hora.

Mis maestros sostienen que quien adquirió pericia en la técnica de morir percibirá un punto de abandono placentero, de amable olvido, en esa lucha indolora perdida de antemano contra una fuerza superior, una fuerza que oprime delicadamente los párpados, que vierte poco a poco en ellos la noche definitiva.

Porque lo que yo no quisiera en modo alguno, lo que me colmaría de vergüenza y decepción, es deslucir mi desenlace con un charco de vida rota en la calzada o emprendiéndola a mordiscos contra una almohada de dolor.

Así pues, me preparo con perseverancia, desde hace largo tiempo, para poner por obra una muerte sencilla y bien trazada, a ser posible a la hora de la siesta, tranquilo y silencioso a fin de que no se asuste el perro. Y si, por una de tantas casualidades de la vida, el fatídico momento estuviese acompañado de signos favorables, procuraría que mi acción postrera consistiese en un leve gesto risueño, cuyo significado será mi último, por no decir el único, secreto que lleve conmigo a la tumba.

LA BOFETADA DE 1971

De tiempo en tiempo, en cualquier lugar de la casa, al apearme de un tren o mientras camino distraído por la calle, recibo una potente bofetada, siempre la misma, en el mismo lado. No bien siento el golpe, sin terminar de tambalearme, aturdido, vuelvo la mirada en busca del agresor. Y, sí, ahí está, como de costumbre, con los ojos furiosos, subido a un lejano pedestal de mis recuerdos.

Caigo entonces en la cuenta de que ha vuelto a restallar en mi mejilla la bofetada de 1971. A decir verdad, no estoy seguro del año; pero da igual: suena y duele lo mismo. Hubo otras, hubo muchas, acaso más dolorosas, en mi niñez rasguñada, que, no obstante, fue alegre. Pero es aquella de una mañana escolar de 1971 la única que se repite.

Un hombre de edad mediana me la sacude durante una clase de Lengua Española. Por oficio y vocación, se supone que aspira a la gloria eterna. No quisiera yo que por culpa de mi mejilla se truncara su proyecto ni que una muesca estropease para siempre el oro santo de su nimbo. Lo que es por mí, que entre al resplandor de los cielos con su sotana negra y su ancha mano caliente.

La razón del castigo es trivial. El fraile había dispuesto que los alumnos leyeran una obra clásica de la literatura española del siglo XVI en el plazo de una semana y yo, aun cuando conocía el temperamento irascible del docente, desobedecí. Lo demás es una simple escena cotidiana de una época propensa a equiparar la educación con el adiestramiento.

¿Lloré? No lo recuerdo ni me importa. Sí recuerdo, en cambio, la viva sensación de vergüenza delante de mis compañeros, más penosa sin duda que las lágrimas. Un abismo se abre de pronto ante mis pies en forma de encono hacia un maestro equivocado y de aversión visceral a las letras.

No recuerdo haber estado tan lejos de mí, de lo que luego he sido, como en aquellos días escolares de 1971. Por las ventanas del aula se divisa un paisaje de tejados, con chimeneas humeantes de fábrica y un fondo de montes grises. Densas nubes lo oscurecen. Por fortuna, el chaparrón infantil, aunque intenso, pronto descarga toda su agua rencorosa y, a edad temprana, superada la repercusión de la bofetada, postulo la convivencia cordial de los hombres por encima de las ideas, a la par que convierto la literatura en la razón principal de mi vida.

Han transcurrido más de cuarenta años desde la mañana de aquel episodio inolvidable. En dicho lapso, habré leído por gusto el libro clásico no menos de cinco veces y puede que me quede corto. Cumplida entonces la tarea, me pregunto qué hago mal, cuál es mi fallo, para seguir recibiendo de tiempo en tiempo, desde lo hondo de la memoria, aquella recia bofetada de 1971.

LA MEDUSA

No son días los días en que me nada por dentro la medusa. Va, viene despacio, ligeramente inclinada, a través del pequeño, del único piélago que yo puedo ofrecerle.

En ocasiones sus tentáculos se aferran a este hueso, rozan aquella glándula. Y toda la desdichada entretela de mi condición humana se riza por causa de los impulsos constantes de la medusa.

En el peor de los casos, el día se dobla, se pone a crujir y ya es un palo roto. Roto el palo, el día ya qué es.

Si se aquieta la medusa, la olvido. En consecuencia los pájaros y yo silbamos juntos, la lluvia y yo lloremos juntos, y la luz sonriente de la mañana me presta su lapicero para pintar las hojas de los árboles.

Pero la medusa, digan lo que digan, sigue allí, imperturbable, dejándose llevar por la corriente interior de mi persona, quizá dormida en alguna oquedad entre dos órganos.

Claro que en cualquier instante podría salir de su escondite. Acelera entonces propulsándose con las violentas contracciones de su carne translúcida, llega y descarga en el punto elegido su silencioso furor.

Sin poder evitarlo me anulo en la medusa. Soy yo entero un hombre expulsado de su cara, que levanta los ojos al atardecer y no hay atardecer, que acaricia la tersa piel de la manzana y no hay manzana, que llama al perro y el perro viene triste, encogido, a lamer con lengua compasiva el palo roto.

La vida, qué mal paisaje, qué negra mar, cada vez que ataca la medusa.

EL SUELO DE MI SOLEDAD

Aproximadamente en el centro de mi soledad hay una silla. Mi soledad es poca cosa. Apenas tiene las dimensiones de un ser humano y, salvo la silla, ningún mueble. Es tan de aquí ahí que resultaría desmedido declararse propietario. Propietario, ¿de qué? ¿De un cuadrado de suelo y de cuatro paredes sin ventanas en mi interior?

De joven la frecuentaba poco, siempre con prisa y a menudo acompañado. Ahora, con la añoranza expuesta a las inclemencias del otoño, casi no salgo de mi soledad. Prácticamente vivo en ella, por supuesto solo, y para evitar que las piernas se me fatiguen, que los pies me duelan, tomo asiento en la silla.

Así pues, soy un hombre sentado que contempla su pasada vida esparcida en rededor. Todo el suelo se ha cuajado de lo que viví. De mi infancia que se quedó sin niño, de amores que perdieron sus labios y de tantas lluvias que poco a poco se olvidaron de mojarme.

Estas reliquias de la nostalgia son cuanto conservo del que fui a diario, aquel que aún carga con mi nombre, mis facciones defectuosas y la maleta cada vez más vacía de esperanzas. Objetos que un día brillaron como juguetes nuevos y ahora están desparramados por el suelo.

A veces levanto un recuerdo, le soplo el polvo, lo sopeso antes de devolverlo al montón. Pero, en líneas generales, prefiero mirarlos a todos juntos con larga, con apacible melancolía. En otras ocasiones, suponiendo que no me observa nadie, rasco con la uña, de la herrumbre de unos pocos, de muy pocos episodios de mi pasado, unas partículas de tranquila satisfacción.

El resto, la verdad, tiene toda la pinta de trastos inservibles. Tal vez habría que ir pensando en agarrar la escoba y darle una buena barrida al suelo de mi soledad.

MI CARA

¿De qué me sirve el delicado pie derecho? ¿De qué las fuertes piernas, el codo que se dobla como le enseñaron de pequeño, la calva que conversa sobre golf y metafísica con el azul de la mañana?

En vano aspiraré a que nadie me recuerde por mis partes selectas. Por mi espalda desértica, mi pecho boscoso, la hierba lisa de mis manos. A todas horas, vaya a donde vaya, mi cara corre más, llega primero y me suplanta.

A veces subo a visitar una conciencia o llamo de noche, azotado por la lluvia, al portón de una memoria. Pues siempre, sin remedio, parece que no soy yo el que va sino mi cara. A ella la saludan, le ofrecen asiento a la mesa, la agasajan.

Y ella habla por mí. Por mí sostiene, arguye, gesticula, sin consultarme, sin saber siquiera lo que opino, si es que algo opino, lanzando afirmaciones que me llenan de vergüenza. Y yo, impotente, deshonorado, me escondo debajo de mi cuerpo por no escuchar las necedades que está diciendo mi cara. Si la agreden y le escupen, allá cuidados, no es mi culpa.

Me asomo luego a un charco y ya está mi cara allí convertida en agua, mirándome con esos rasgos mal hechos y peor unidos, con esa mala cara que tiene con frecuencia mi cara, reprochándome delante de la gente que la haya seguido por la calle en su día de descanso, en su tiempo de ocio.

Al atardecer voy a contarle mi vida al espejo del ropero y ya la cara me tomó la delantera. Voy al del baño y lo mismo. Aún no he dicho una palabra y ya está ella contando su versión.

Se queda, para colmo, con mis ojos y mi frente; se come mi comida y

besa a mi mujer. Podría golpearla, pero me hago daño. Y además no me arreglo sin su ayuda para oler los heliotropos o arrearle chupadas al helado de limón. ¿Cómo me va a dar sin ella el viento en la cara? Y sin ella, ¿cómo voy a llorar y reír y a ser (que nadie se ofenda) como todos los demás?

HOMBRE PROVISIONAL

Aquel niño que, agarrado a la barandilla, contaba las olas al pie de la ciudad. El que, los días de lluvia, creía abrazar a su madre en el olor de la tierra. El que llevado de una fascinación por los colores arrancaba las alas de las mariposas.

El colegial con la nariz aplastada y un diente roto, atrapado debajo de un coche. El que poco antes de dormirse no duda que Dios es su abuelo o, en todo caso, un pariente. El que chupa absorto las cabezas esféricas de los peones del ajedrez.

El adolescente que junta por vez primera sus labios con otros labios. El que acaricia la espalda sedosa de las palabras y descubre, en plena carcajada, la tristeza. El que se echa a la calle a mejorar la sociedad a martillazos.

El joven que una tarde, parado en el andén, ve partir un tren sin retorno y él va en el tren. El que se reía de la nieve y las estrellas y, para calentarse, prendió fuego a sus raíces. El náufrago que medio ahogado nadó hasta salvarse en la mujer.

El hombre que sigue contando olas, aunque lejos del mar. El señor que cada día saluda agradecido la llegada de la aurora. El que busca en el cubo de los desperdicios las hojas del calendario que imprudentemente tiró. El que lleva sobre los hombros el cesto de la memoria.

Toda esa gente que sucesivamente me ha estado representando, que gozó y sufrió por mí, que ignoró y supo en mi nombre, consumió mis días, escribió mis defectuosos libros, ¿quién es? ¿Quién, de todos los que he sido, soy yo en verdad? Y si soy todos, ¿qué parte, qué apéndice o residuo de existencia le

queda al pobre viejo que ya se acerca renqueando?

De mí podrán decir cualquier cosa salvo que fui definitivo.

VI

EL SABLE

Es la infancia, por la mañana. Y ya veo que costará subir y bajar este día por siempre detenido. Y veo que con sus nubes de invierno y su lección caliente para toda la vida, este día me dejará una profunda cicatriz.

El recuerdo me coloca nuevamente junto a la ventana de la cocina, en el piso familiar. El mundo, más allá de los tiestos ateridos, tendrá en aquel instante siete u ocho años. Ya lo empapa, sin embargo, la vieja lentitud de la lluvia.

Con sensación de encierro (quizá, por castigo, se me había prohibido la salida), miro aburridamente las fachadas, en el modesto barrio de las afueras. Y de pronto doblan la esquina mi tía Nieves y mi primo Enrique, envueltos en una especie de resplandor alegre. Algo trae mi primo, niño como yo, que brilla en su mano con la luz intensa de lo apetecible. Es un sable de juguete que le han comprado por la mañana en la ciudad.

Desde la calle nos anuncian a mi madre y a mí su visita y suben. Más rápido que ellos, el sable se adelanta para atravesarme el cuerpo. Estoy tan malherido que, cuando entran los dos en la cocina, les niego el beso de costumbre. Conociendo la buena fe de mi primo Enrique, le pido que me deje su sable de plástico duro, recubierto de una capa de pintura plateada que simula el acero.

Con una mano tomo el arma preciosa por la empuñadura; con la otra, el extremo de la hoja. Sostengo el sable, que tiene la forma exacta de la felicidad infantil de mi primo. Entonces, sin decir palabra, convencidos mis parientes de que me dispongo a examinarlo con admiración, lo estrello contra

mi muslo, cerca de la rodilla.

El sable se parte por la mitad con el crujido de un palo seco.

A partir de ese instante, la historia se bifurca en dos rumbos distintos. El primero es el más corto. Acaba aquella misma tarde con un sable idéntico adquirido por mi madre en la ciudad para mi primo. A mí se me permite conservar el roto, unidas sus dos partes con cinta adhesiva.

El otro rumbo de la historia es interior. Por suerte, aún perdura. En el momento de romper el sable y durante las horas sucesivas no me gusto, desearía vivir lejos de mí; con todas mis fuerzas, sin que nadie lo sepa, me rechazo. Desde la perspectiva del adulto, el hecho se me figura hoy por demás afortunado. Lo que rompí aquella mañana, bien lo veo, es algo más que un juguete. También he roto, inutilizándolo para el resto de mi vida, un sable de metal despiadado, de punta y filo no aptos para el juego. Es el sable que se clavan a sí mismos, una y otra vez, los desdichados hombres incapaces de aceptar el bien ajeno.

ARGUMENTO

El 4 de enero de 1960 no dejó paisaje alguno en mi memoria. Tampoco sombras, voces, olores. Fue con posterioridad cuando supe de dos hechos acaecidos en tal fecha. El primero, intrascendente, concierne a mi persona. Aquel día cumplí un año.

El otro, sin duda más digno de recuerdo, es trágico. Sucedió a primera hora de la tarde en una carretera de Francia. Innumerables periódicos en todo el mundo lo relataron. Un coche negro que circulaba a gran velocidad se estrelló contra un árbol. El hombre célebre, de 46 años, que ocupaba el asiento del copiloto falleció al instante.

Aún han de transcurrir cerca de dos décadas hasta que yo tenga noticia del accidente, así como del nombre del muerto, Albert Camus; el mismo tiempo que tardaré en extraer de sus libros enseñanzas sin las cuales yo no sería el hombre que soy.

En años jóvenes, acompañado de amigos, profesé la rebeldía. Quizá la profese aún, no estoy seguro, sin sentirme tentado de proclamarme señor del fuego ni empuñar un martillo por la calle. Unas palabras que juzgo sabias, debidas a Camus, detuvieron a tiempo mi mano.

Como todo joven rebelde, movido de inconformismo, también dije que no. Pero luego aprendí que ese es un acto incompleto, con frecuencia nocivo, a menos que un sí le siga de inmediato. La negación continua, el estrago y los gritos de poco valen, si es que valen algo, sin la consiguiente aportación constructiva. Esto asimilado, ya nunca tuve excusa para hacer daño a un semejante. Y cuando fui injusto, lo supe y me dolió.

Agradezco a Albert Camus que me enseñara a amar al hombre por encima de la idea, y a amar la cara del hombre por encima del hombre, y a amar los ojos, la frente, la boca personal del hombre por encima de su cara. Convivo desde entonces con cada uno de los ciudadanos y no con el gentío, con el pobre de la esquina y no con la pobreza, con mis cejas tristes en el espejo y no con el espejo.

Tal es el argumento de mis días absurdos. Lo tomé de aquel hombre cuya vida terminó de forma abrupta cuando apenas acababa de empezar la mía.

SIDRA

Turbia y popular, humilde y dorada, querida sidra, me acompañaste en tu botella verde al regreso de un viaje a la tierra primera. Si supieses lo que me das, lo que me entra contigo ahora...

Lejos, tan lejos de los manzanos, del lagar, como yo de quienes también a mí me hicieron, te escancio a solas con aceptada falta de tino. ¿Torpeza? ¿Derroche? No, es la ritual salpicadura destinada a puntear en los dedos que agarran el vaso tu grado exacto de frescor.

Porque a ti, que careces del noble aroma del vino, prefiero sentirte antes de nada en el tacto, mientras te rompes contra el fondo de cristal en gotas joviales, en burbujas breves. Entiendo entonces, al contemplar tu derramada ligereza, que no estás en mi presente ni yo en el tuyo.

Te bebo para que me des sed, no para que me la quites; sed de sueños que incite a la memoria a devolverme aquellas tardes con la familia o los amigos, con los naipes y la carne asada en la sidrería rústica, junto al río. Se queda al sorberte, en el paladar, un regusto agrio de días antiguos que están en mí como los posos de la manzana en el fondo de la botella.

Toda la boca se me llena al punto de buen pasado. Y cada trago es una conversación con el abuelo que te bebía a diario, según dicen, y a quien nunca conocí. Y con mi padre, que sale un instante del mar para enjugarse los labios con el dorso de la mano. Y con los amigos alegres de la juventud, todos haciendo cola para acercar el vaso al chorro que brota del tonel, tan grande que parece, como la vida, inagotable, y es, igual que la vida, enorme e inagotable hasta que sale la última gota, hasta que declina la última jornada.

GRUPO CLOC

No bien me aprieta la necesidad de una sonrisa, abro la memoria en busca de algún detalle relativo al Grupo Cloc. Para empezar me pongo la melena. Entonces pasa lo que pasa, que la frente vuelve a sentir la antigua caricia de los rizos y un suave calor ligero roza la espalda.

Sí, un poco de pelo basta para convocar a los amigos alrededor de mi sombra. Al punto reanudamos la militancia en aquellas causas que nos unían, la risa principalmente, pero también la palabra que da envoltura y ocasión a la belleza.

Fundamos el grupo en el 78, por la tarde, y decidimos lo primero de todo que en adelante sería la tierra la que vertiese olas en el mar y no al revés. En consecuencia, raudos pliegues de lodo y piedras, de hierba y arena, avanzaron por debajo de las calles, formando sucesivas crestas cada vez más oscuras. Al llegar a la orilla se derramaron con rumor terroso sobre las aguas.

¿Es arte, es rebeldía, es gamberrada arrebatarse la literatura al escritorio para esparcirla por la ciudad como quien suelta un ratón azul en cada esquina? Recuerdo una pequeña hoguera en la palma de mi mano. Y ese fuego sonriente todavía arde, alimentado como entonces con papeles convencionales, con los palos de la solemnidad y los trastos viejos de la lógica común.

Saqué de la aventura, que apenas duró tres años, lecciones útiles, aun cuando en el interior de mi chaqueta sólo pretendía divertirme. El ejercicio frecuente de la imaginación fue la primera, seguida de la práctica del humor, antídoto del dogmatismo, y del hábito, que a veces es afán, de buscarles el

lado poético a las cosas.

Un largo anecdotario resultó de nuestra irreverencia cultural. Quizá no fue el menor escándalo de Cloc que con los años acabara convirtiéndose en objeto de estudio. Hoy sus miembros jubilados crían canas, lucen calvicies, repartidos entre la literatura, el periodismo y otros menesteres honorables. Un hilo de complicidad me vincula todavía a algunos de ellos. De vez en cuando la vida nos reúne. Celebramos entonces, acaso sin darnos cuenta, el aniversario de unas lejanas carcajadas.

ESCOMBROS DE AMIGO

Tenía, hoy lo veo, sus grietas ese amigo. En el reverso de un diálogo cogió humedad, le entró frío. Una capa de verdín veló escondidamente su sonrisa. Expuesto a su invierno personal, debió de hacersele el agua hielo en las juntas. Ya andaba, ya andaba vaciándose de aire afectuoso, blandos cada vez más los huesos que sostenían su entrañable estatura.

Ayer se rompió ese amigo mío. Se rompió del todo con estrépito de piedras derramadas. Yo lo guardaba bien alto en la peana que latía por dentro y al fin volcó. Si lo rocé al pasar, si lo derribó una ráfaga de viento o se cayó él solo por influjo de sus grietas, no lo puedo asegurar.

¿Cómo lo voy a saber si ya no habla? ¿Cómo va a hablar si está con todos los cascotes esparcidos por el suelo? Sólo sé con certeza que he querido su estampa erguida, su chaqueta juvenil y aquella manera especial que tenía de mirar el horizonte.

Pero se ha roto. Se ha roto con nuestro pasado auestas, con mis días y sus noches, mi cercanía y su chaqueta. Y ahí está sin estar, circunspecto en sus escombros como un muerto, apenas reconocible en sus pedazos. Ahora, ¿quién los junta sin cortarse? Y, juntos, ¿por qué no dan el hombre entero?

Ayer se rompió ese amigo mío. A la misma hora, supongo, que yo me rompí en su casa. Si me rozó al pasar, si me derribó una ráfaga de viento o si me caí yo solo por influjo de mis grietas, no lo puedo asegurar. No estaba allí en el momento de romperme. Quizá, ¿cómo saberlo?, más rápido que yo, aquel amigo mío ya pasó la escoba, ya tiró mi nombre al cubo de los desperdicios.

MIRLO

Por espacio de cinco o seis minutos he sido un pájaro negro, de pico anaranjado, esta mañana. No abrigo dudas al respecto pues yo mismo me he despertado con mi canto. Me ocurre con frecuencia que, subido en el alero, me pongo a trinar hacia el día que despunta.

Total, que me he asomado a la ventana para confirmar mi presencia en el frío amanecer. Y me he preguntado en voz baja, por temor a interrumpirme, para qué canto con tanta intensidad, desde hace tantos años, y qué digo, qué gorjeo, si es que algo razonable he dicho, he gorjeado, alguna vez.

Ingenuo mirlo solitario, ¿no te das cuenta de que no te escucha nadie? Ninguno de tu especie que te pudiera responder se divisa en las ramas peladas, cubiertas de escarcha, o en los tejados igualmente helados del vecindario, bajo el gris uniforme del invierno.

Condenados a cantar en la intemperie sin merecer un eco, somos tú y yo figuras decorativas, quizá risibles, de la mañana, que además es sorda. Y es inútil preguntar, como es inútil estar callado o echarle la culpa de su sordera a la mañana.

Cantemos, por tanto, mirlo matutino, compañero, lo que tengamos que cantar, sin esperar recompensa, no más que porque somos esta corta y frágil vida que, sin embargo, canta. Pues de guardar silencio, de estar mudos para siempre, ya habrá tiempo en los infinitos días que amanezcan sin nosotros.

A MIS MANOS

Compañeras, escribid por favor que os recuerdo desde el primer momento, cuando inhábiles y aún pequeñas tratabais de agarrar el aire en la primera luz de la vida. Como yo, tuvisteis el tamaño terso de la infancia. Y la palidez y la fragilidad de las formas todavía no dañadas por la lenta raedura de los años.

Manos después del colegial que abre el libro en el silencio severo del aula. Tú, la izquierda, que acercabas a la boca la jugosa naranja matinal; tú, la derecha, que trazabas números y frases con la misma mala letra de hoy, en un cuaderno, o que te hacías puño en la pelea ocasional del patio entre chiquillos.

Manos apasionadas que os detuvisteis temblando de deseo, tan inexpertas como posesivas, en el cuerpo desnudo de la muchacha, cubriéndoos de olores íntimos, o que os cogíais, por caminos solitarios de la tarde, de otras manos en el tímido acuerdo del amor juvenil.

Escribid también, compañeras, que hacéis sin protestar el trabajo honrado que me sustenta, y que mientras envejecéis conmigo, tomando generosas una parte de mi ruina, escribís lo que escribo y sois, en fin, para mí como madres protectoras que me dan de comer, que me lavan y visten a diario.

A vosotras que completáis el abrazo del amigo y levantáis la copa y abríis la puerta y acariciáis con antigua ternura la cabeza del perro, os pido que me acompañéis hasta el final e incluso más allá de lo último, enlazadas sobre el pecho en mi definitiva serenidad.

CAÍDA DE LA TARDE

Atardezco. Lo noto en las horas que se apagan en mi frente, en la poca y blanda luz que doy.

Empiezo a oscurecer. Con la mano sobre el pecho, advierto las primeras señales del relente. Y al percibir a gran distancia mis latidos me percato de que soy el único que de mí se marcha y el único que poco a poco en mí termina.

Atardezco aunque no quiero. Me viene, no sé si de dentro o fuera, esta forzosa tendencia a atardecer. Y, francamente, ignoro para qué declino ni por qué me llega por la espalda, según me apago, un ruido borroso de puertas que se cierran.

Es el horizonte, con los primeros puntos luminosos y el bosque cada vez más negro, el que viene a mí y no al revés, como era común hasta hace poco.

Soy las siete de la tarde. Suena en mi voz, al dar la hora, un eco solitario de campana vespertina. Se pone el sol por detrás de mi cabeza; asoma ya en mi sombra la luna fría, pálida como un recuerdo olvidado.

Y sin parar de hacerme niebla a ras de suelo, consumo mis mermadas esperanzas contando grietas, desmontando ese artilugio cuyo funcionamiento desconozco, mi pasado.

En fin, que atardezco sin remedio; que mientras me hago tarde me va envolviendo una tristeza de despedida, más morada que azul; pero, por lo demás, no pasa nada.

¿Qué va a pasar si luce ahí cerca el sol de mediodía; si está jugando en la calle, bajo mi ventana, un grupo de niños eternos?

DIAGNÓSTICO

En esto, llegó septiembre. Fui una mañana de sol a recoger la carta con los resultados de una biopsia que me habían practicado en la cara interior de un muslo. La doctora echó por delante, como para amortiguar un golpe, dos palabras: «malas noticias». Por encima de su hombro, a través del cuadrado de la ventana, tuve la impresión de que a partir de ese momento la mañana brillaba para otros, no para mí.

La doctora ya tenía preparada la hoja con la orden de ingreso urgente en un centro hospitalario. A continuación, tendiéndome la mano en señal de despedida, me hizo saber que no me podía dedicar más tiempo. La sala de espera estaba abarrotada de pacientes.

Tomé asiento en un banco del pasillo, con mi sentencia de muerte dentro de un sobre. Tuve de pronto la sensación de que mis cincuenta años pesaban poco, de que en cualquier momento se elevarían como humo en el aire.

Y ahora, ¿qué? Para reflexionar con mayor lucidez decidí combatir el hambre que me apretaba. Había allí cerca una máquina expendedora. Eché una moneda. Extraje una chocolatina con relleno de coco.

En la calle, noté como si una membrana levemente traslúcida me separase de las cosas y atenuara sus colores. No pude evitar sentirme ajeno al mundo que me rodeaba, incluso juzgué inmerecido ocupar un espacio en la espléndida mañana. Tuve la certeza de ser un intruso en la vida general de la ciudad. Y la primera mirada que fugazmente se cruzó con la mía, la de un transeúnte desconocido, me lo confirmó.

Me prometí tres cosas por el camino de regreso. Incordiar lo menos

posible a la familia, no recorrer el último tramo de mi vida mojado de tristeza y, por encima de todo, acabar la novela jocosa que estaba escribiendo por entonces. En casa, cuando llegué, no había nadie. Comí solo, sin apetito; monté en la bicicleta y me fui a trabajar, como todos los días, en mi novela.

Pasé dos semanas despidiéndome en voz baja, para siempre, de los árboles, los pájaros, las paredes, los libros, las estrellas. Despidiéndome de todo. Despidiéndome, sin que ellos lo supieran, de amigos y vecinos.

Finalmente se supo que el diagnóstico era erróneo. No he vuelto a la consulta de la doctora. No me ha hecho falta. Por mi cuenta descubrí que ciertos alimentos en conserva me causaban ulceraciones. Dejé de consumirlos. Les dije a los árboles, a los pájaros y a todos los demás que no me iba. Se publicó mi novela. A este le gustó, aquel no la pudo terminar. Yo he seguido aprendiendo en soledad el arte tranquilo de morir. Me falta maestría, pero voy haciendo progresos.

LOS OTROS

Quisiera hacer memoria de aquel piano de aire que yo tocaba con mis manos de aire. Debía de ocurrir en las horas blancas de la noche, tal vez en las esquinas nocturnas del mediodía. Yo amasaba sin descanso mi pan de música sobre las teclas de aire, con mis manos de aire, y el cálido olor musical se expandía allá abajo, entre las flores.

Quisiera recordar también la nieve de la almohada en el momento de la posesión. Salió después la vida gimiendo de mi vientre, y he buscado un cobijo suave en el mundo para mis pechos y mis labios de mujer, para mi voz de cristal y la sombra de mi frente en las palabras; para mi voluntad, en fin, de hacer una cosa redonda con esa piedra áspera que me hacen subir cada día a lo más alto.

No quiero ni debo olvidar mi cara negra. Me dijeron: nace ahí, y nací. Me dijeron: no comas, y no comí. No respires, trabaja, y como pude seguí viviendo sin comer ni respirar, abrasado por los pálidos ojos de los hombres, desangrándome de dentro para afuera y de afuera para dentro, mientras bailaba y reía en la esperanza de que no creyeran que me parezco a mí.

Los echo en falta. A menudo los recuerdo, uno a uno, con razonable nostalgia, porque me sé sin ellos incompleto. Recuerdo al que fue por un lado y no por otro, y sin llegar a mí murió gravemente enfermo de una circunstancia del camino. Al que, culpable antes de nacer, recibía una pedrada diaria en las escaleras de la sinagoga. Al que me ladraba, alegre, al llegar y con húmedo afecto me lamía las manos.

En la hora del recuerdo convoco, sin olvidar a ninguno, a los seres

diversos que nunca fui.

Autorretrato sin mí
Fernando Aramburu

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Fernando Aramburu, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

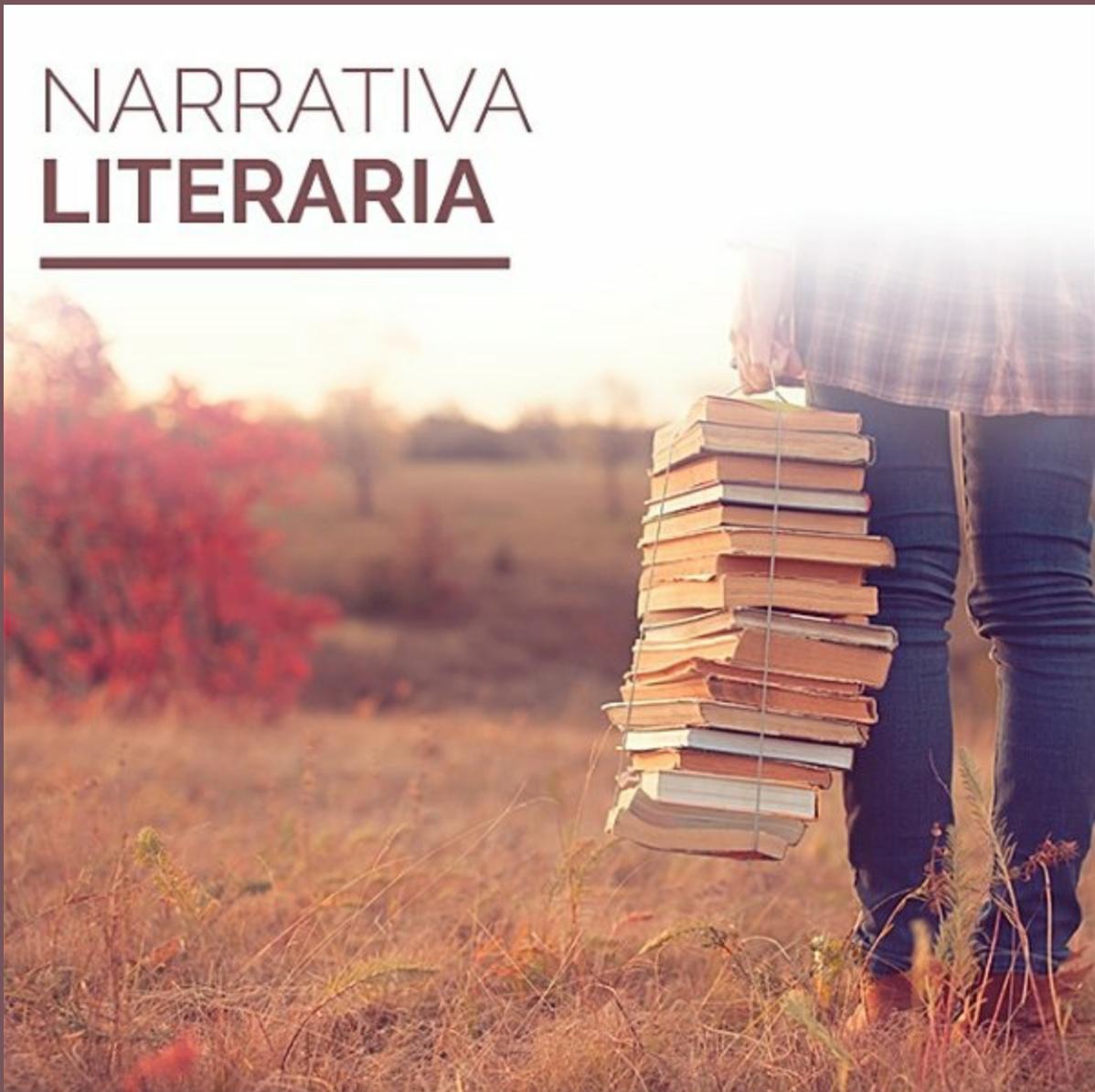
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-9066-517-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

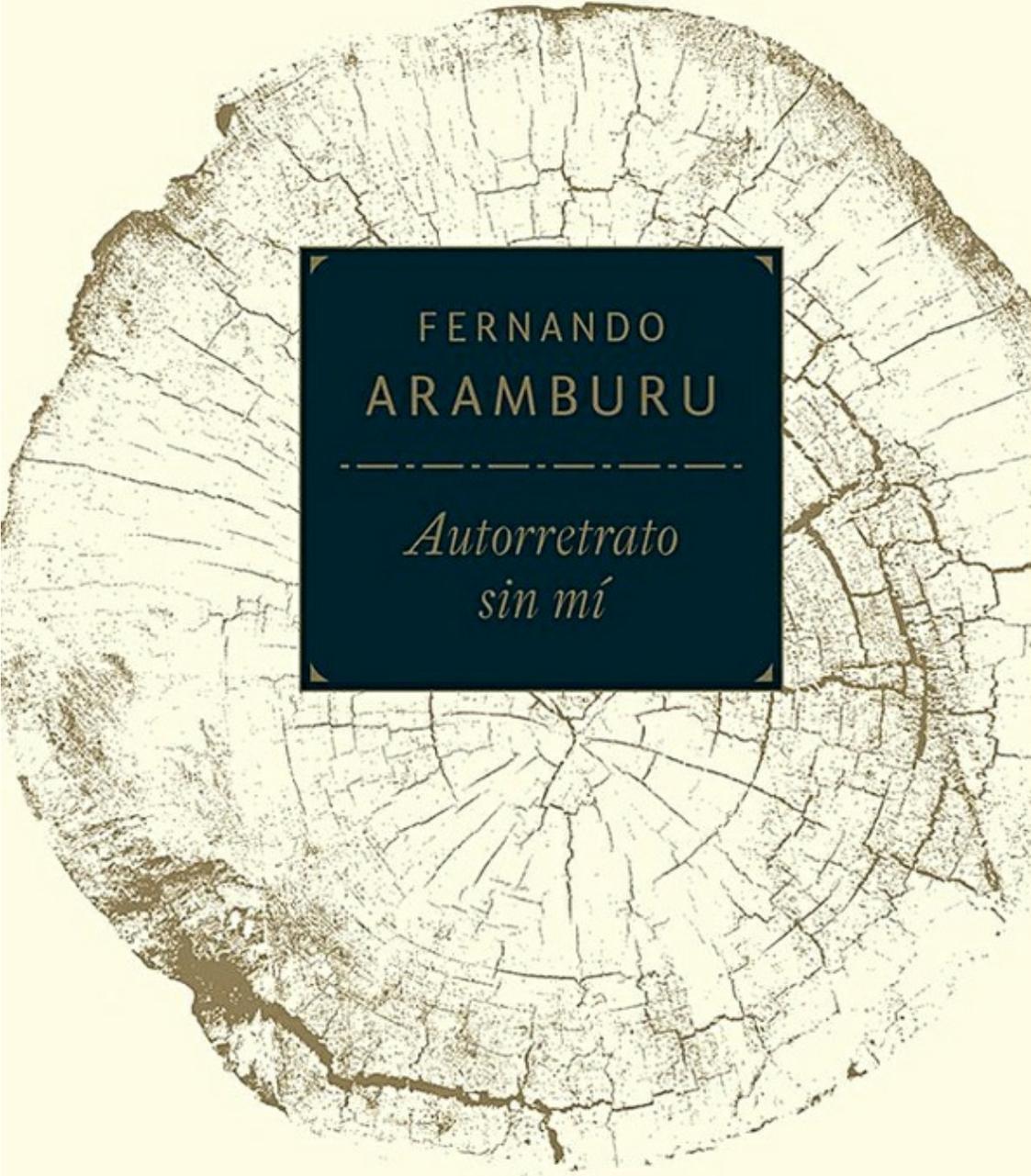
NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!







FERNANDO
ARAMBURU

*Autorretrato
sin mí*

TUSQUETS
EDITORES